

Isabel la Católica
Grandeza,
carácter y poder

CRISTINA HERNANDO POLO

Colección: Nowtilus Pocket
www.nowtiluspocket.com

Título: Isabel la Católica
Autor: © Cristina Hernando Polo

Copyright de la presente edición © 2011 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño de colección: Marine de Lafregeyre
Diseño de cubiertas: Marine de Lafregeyre

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9967-044-7
Fecha de publicación: Enero 2011

Printed in Spain
Imprime: Litografía Rosés, S.A.
Depósito Legal: B-483-2011

Índice

Capítulo 1	11
Capítulo 2	39
Capítulo 3	69
Capítulo 4	103
Capítulo 5	125
Capítulo 6	147
Capítulo 7	175
Capítulo 8	209
Capítulo 9	253
Capítulo 10	301
Capítulo 11	353
Capítulo 12	395
Capítulo 13	429
Capítulo 14	469
Capítulo 15	503
Capítulo 16	535

Tanto monta, monta tanto,

Isabel como Fernando...

Don Pedro González de Mendoza entró en la sala. El rey suspiró aliviado al ver que una sonrisa se dibujaba en su cara; sin duda, traía buenas noticias. El portador de la nueva agachó la cabeza y el torso en señal de reverencia.

—¡Enhorabuena, majestad! Acabáis de ser padre.

La alegría estalló en la sala. Todos los presentes se volvieron hacia Juan II de Castilla que no ocultaba su cara de satisfacción.

—¿Niño o niña? —inquirió el rey.

La pregunta era innecesaria pues de haber sido varón don Pedro González de Mendoza lo habría proclamado con aire ufano.

—Niña, majestad.

—¿Y cómo se encuentra la reina? Y el bebé, ¿goza de buena salud?

—Vuestra esposa, la reina Isabel de Portugal, ha tenido un parto largo y difícil; se llegó incluso a temer por su vida. Pero no os inquietéis, majestad, ahora está fuera de peligro, razón por la que me he ofrecido yo mismo a ser el portador de esta noticia. Dejé a doña Isabel en muy buen estado, aunque con mucha fatiga en su cuerpo. Sin duda, el estar cerca de su bebé y su juventud le ayudarán a recuperarse rápido.

Juan II de Castilla se perdió en el recuerdo de su bella mujer lusitana. Sonrió ante la idea de tener un calco de su esposa en el cuerpo de un bebé pues aunque, como cualquier monarca, ansiaba engendrar varones, el hecho de tener ya

un heredero sano y joven, de dieciséis años, no hacía tan pesados la nueva de hoy.

—Vuestro bebé —continuó don Pedro González de Mendoza— también se encuentra muy bien.

Ajeno a los pensamientos del rey, pero atento a su mutismo, don Pedro se sintió obligado a volver a tomar la palabra. De su boca escapó un sincero deseo.

—Sin duda será una mujer piadosa, ya que escogió el jueves santo para nacer —bromeó.

Efectivamente, el 22 de abril de 1451, jueves santo, venía al mundo la que tiempo después se convertiría en la gran reina Isabel I de Castilla, que la historia conocería como Isabel la Católica. Don Álvaro de Luna continuó en un tono festivo.

—A juzgar por las dificultades que ha dado en su nacimiento, ¡será una mujer de armas tomar!

El monarca sonrió. Hubiera preferido que tal lisonja fuera dedicada a su primogénito, ya que su hijo Enrique mostraba un carácter demasiado sensible. Precisamente por ese motivo, don Álvaro de Luna, hombre de confianza del monarca, había propuesto como ayo del príncipe Enrique a don Juan Pacheco. Se trataba de un hombre inteligente y atrevido, que podría ejercer una influencia positiva sobre el heredero. Ciertamente era que también el caballero era arrogante y ambicioso, pero sus pecados eran tan habituales entre los nobles que se disputaban el privilegio de adquirir más cotas de poder que, por ser tan comunes, eran perdonables.

Don Álvaro de Luna advirtió el silencio del soberano. Entendiendo sus sentimientos, optó por liberarle de sus obligaciones regias.

—Majestad, si no mostráis ninguna contrariedad, daré órdenes inmediatas para que se prepare nuestra marcha —propuso—. No hay mucha distancia hasta Madrigal de las Altas Torres; pronto podréis conocer a vuestro retoño y

abrazar a la reina. Estos asuntos de estado no son urgentes y bien pueden retrasarse unas horas.

—Perfecto —agradeció el soberano.

Y, sin quererlo, otra vez Juan II de Castilla se dejó llevar por los recuerdos del pasado. Rememoró aquel lejano día en que supo que su corona estaba asegurada, cuando su primera mujer, la entonces reina María de Aragón, le hizo padre por primera vez. Habían pasado muchas primaveras desde entonces, pero aún tenía vívida la imagen de aquella dicha, cuando tuvo ante sí al príncipe Enrique. Con esta segunda paternidad creía haber sentido un gozo mayor... o quizá simplemente su edad avanzada le hacía emocionarse con más facilidad.

—¡Qué tontería! —apartó estos pensamientos de su mente—. Aunque doble la edad a mi mujer, no soy tan viejo. Y a pesar de mis cuarenta y seis años, esta no será la única vez que daré pruebas de mi virilidad...

Horas después, don Álvaro de Luna regresó para informar al monarca que todo estaba previsto para su partida. Juan II de Castilla sonrió agradecido a su valido. Sentía una gran admiración por este hombre de cuerpo pequeño aunque robusto, cara menuda y mirada intrigante, amigo leal, buen consejero y fiel servidor, como acababa de demostrar, organizando todo con gran diligencia.

La comitiva real abandonó Madrid y se dirigió a Madrigal de las Altas Torres, esa villa abulense tan querida por la reina Isabel de Portugal, pues en ese bello paraje tuvo lugar el desposorio que la encumbró a reina consorte de Castilla. Su esposo, Juan II, quiso entregar esta villa en honor a su mujer y ella decidió fijar allí su residencia.

Cuando ya se avistaban las primeras señales de que estaban acercándose a la población, don Álvaro de Luna se adelantó para dar aviso de la llegada del rey.

Una vez en el castillo, Juan II de Castilla se dirigió con paso presto a saludar a la reina y a conocer a su hija.

Haciéndose acompañar por don Álvaro de Luna y por don Pedro González de Mendoza, subió al encuentro de su mujer. La reina, Isabel de Portugal, lejos de hallarse desmejorada, mostraba un aspecto envidiable. Tal era así que hasta el propio don Pedro González de Mendoza, que acababa de dejarla unas horas antes, se sorprendió y no pudo menos que imaginarse cuán radiante habría estado la mañana de su boda, aquel día que inspiró a su padre, don Íñigo de Mendoza, primer marqués de Santillana, ese poema que decía así:

*Dios os haga virtuosa,
reina bien aventurada,
cuanto os hizo hermosa.*

Sin embargo, la reina mostraba un gesto altivo y serio y apenas se molestó en atender a los caballeros que habían entrado para ofrecerle sus respetos. Su cara se inclinó con un mohín de enfado, perfectamente estudiado para que fuera perceptible a todos los presentes, cuando su esposo se acercó a besarla. Don Álvaro de Luna, consciente de que los gestos de la reina estaban originados por su persona, pidió disculpas para ausentarse, pretextando la urgencia de unos asuntos del reino que habían de resolverse. El monarca le dio permiso y, al instante, la cara de Isabel de Portugal resplandeció con una amplia sonrisa que dedicó al condestable mientras este cerraba la puerta, cruzando su mirada con la de la reina. Don Pedro González de Mendoza, hombre sagaz y prudente, hizo lo propio, dejando a los cónyuges a solas. El rey suspiró pesaroso, pues le dolía la falta de afecto que su esposa sentía hacia su favorito. Aunque ¡si solo fuera falta de afecto...! Juan II de Castilla no se equivocaba al presentir que su esposa Isabel no tardaría en arremeter contra don Álvaro de Luna.

—¿Sigues teniendo a don Álvaro cerca de ti? —preguntó Isabel—. ¿Acaso olvidas el pesar que eso me produce? ¿O... será que no te importa?

—Isabel, no puedo prescindir de él. Es un hombre inteligente y apto para el buen gobierno.

—Querrás decir —escupió ella con fiereza— para gobernar su propio interés; en poco tiempo ha escalado de paje real a ostentar los títulos de condestable de Castilla, conde de Santisteban... ¡y gran maestre de la Orden de Santiago! Y todo ello con gran aumento de su patrimonio, claro.

Juan II de Castilla guardó silencio. Le pesaban las palabras de su esposa y esperaba que el tiempo curara esta animadversión. La soberana, por su parte, trató de serenarse; no quería que su marido interpretara esta malquerencia como los caprichos de una joven reina recién desposada.

—Juan, esposo mío —inició con ternura—. Si te hablo así, consciente del dolor que mis palabras te causan, no es por la preocupación de las cuentas de mi reino, sino por el temor que me supone el poder sin límites de que goza don Álvaro. Él dispone a su antojo, comete abusos, trama intrigas, desplaza a los que no comulgan con él, conspira a escondidas y... —la prudencia detuvo su voz.

—¿Y? —inquirió el rey.

—Y... —una saliva seca bajó por la garganta de Isabel de Portugal mientras reunía el valor para añadir— hasta... planea asesinatos.

El monarca bajó los ojos en señal de asentimiento, pues de todos era conocido que había sido don Álvaro de Luna el que había intrigado para librarse del contador del rey entre otros. Isabel de Portugal no quiso añadir más, pese a que ardía de ganas de inquirirle acerca de la veracidad de los rumores que corrían en palacio, esos que implicaban a don Álvaro de Luna en la muerte de la anterior soberana, María de Aragón. Pero se mordió la lengua. Sabía que el rey

negaría que su esposa hubiera sido envenenada y, más aún, que hubiese sido por mediación de su leal amigo, por lo que prefirió no avivar el fuego de la disputa con leños que no arderían a su favor.

Era invierno; un viento glacial azotaba las paredes del castillo, un viento frío y seco, como el silencio que mediaba entre los esposos.

—Olvidas —fue Juan II de Castilla el primero en salir de su mutismo— que don Álvaro me ha mostrado más lealtad que muchos de los cortesanos que nos rodean y halagan. Él ha luchado con tesón para libramme de los infantes de Aragón que durante tantos años han acosado mi trono y fue él quien me ayudó a escapar del secuestro que tan bien habían planeado. Él ha arriesgado su vida por mí mientras que yo, el rey de Castilla, le pagué con el ingrato precio del destierro... incluso en dos ocasiones —el monarca tuvo que hacer una pausa; su piel transpiraba vergüenza. Al rato, añadió con una voz suave— Isabel, don Álvaro siempre ha acudido en mi ayuda, a pesar del rencor que debía tenerme por mi mal pago. En el pasado, me equivoqué dos veces al dejarme arrastrar por las injurias y vilipendias de nobles envidiosos; te ruego que no me hagas volver a caer en el mismo error.

—Recuerda —replicó Isabel de Portugal— que él actúa en su propio beneficio.

—Que también es el mío —apostilló Juan II de Castilla con el tono de voz elevado—, pues si yo me mantengo en el poder, él también estará encumbrado. Por otra parte, no puedo reprocharle el defecto que es común en todos los Grandes de Castilla; nadie actúa si no es por interés personal.

Isabel de Portugal calló, consciente que no mudaría el afecto de su marido hacia don Álvaro de Luna. La firmeza del monarca era tal que ella no quiso desgastar sus argumentos poniendo voz a los pensamientos que pujaban por salir a gritos de su garganta. ¿Cómo podía estar tan ciego? ¿Cómo

era posible que el monarca no se sintiera un títere en sus manos? Don Álvaro había estado al servicio de Juan II de Castilla desde que el rey tenía tres años; siendo así, su valido conocía todas sus debilidades... que eran muchas en las cosas del gobierno. ¿Cómo no iba don Álvaro a apoyarle en el pasado? ¿No era acaso fácil mudar el rencor por la ambición de poder? ¿No eran todas las penalidades soportables cuando el gobierno de Castilla se alzaba como una promesa futura?

—Sabes que te amo y acabo de demostrártelo al engendrar en ti tan precioso bebé, que no es el sello de una alianza matrimonial sino el fruto de un verdadero amor. Por eso, te suplico que no vuelvas a pedirme que aleje de mí a la única persona que siempre me ha sido fiel —concluyó Juan II de Castilla con una mirada suplicante.

La reina apartó la mirada en señal de asentimiento, pero no aceptó el desenlace de la disputa. Ella era mujer de gran tesón para las empresas importantes y esta era una de ellas. No quería en la corte a don Álvaro de Luna, una persona tan ambiciosa y con tanto poder que podría volverse contra ella... o contra los suyos; la reciente maternidad le había hecho vulnerable y miedosa. Don Álvaro seguía contando con el favor de su marido, pero solo de momento. Ella sabría buscar la ocasión más propicia para retomar el asunto y sabía que la victoria sería suya. Podía leer en los ojos de su marido que le daría todo cuanto ella pidiera...

—Venid —le rogó Isabel de Portugal con aire apaciguador— recemos a la Virgen María para que cuide y proteja a nuestra pequeña.

No muy lejos de allí, dos personajes de la corte también hablaban sobre el suceso.

—¡Un bebé! —refunfuñó malhumorado el príncipe Enrique—. ¡Mi padre ha tenido descendencia!

El heredero se levantó y echó la misiva al fuego; sus ojos contemplaron cómo las llamas devoraban aquel papel. ¡Si pudiera destruirse la noticia también! Elevó su brazo

izquierdo sobre su cabeza y fue a apoyarlo, flexionado, en la pared de la chimenea. La piedra estaba caliente, acogedora. El heredero hundió su rostro en el hueco creado por su codo.

—Oh, no debéis tomároslo de esa manera —repuso divertido don Juan Pacheco, marqués de Villena—, la noticia no podía ser más halagüeña para vos.

—No os burléis de mí, marqués —se giró para encararle—. Sabéis que no tengo aprecio a la nueva esposa de mi padre... una mujer que bien podría ser la mía, dada su juventud.

—Como siempre, os perdéis en sentimientos dolientes sin buscar vuestra ganancia.

—¿La hay? —repuso con escepticismo el príncipe.

El marqués de Villena inició su exposición con voz calma y sugerente. La sonrisa no se había desvanecido de sus labios.

—El hecho de que vuestro padre engendre más hijos no hace sino afianzar vuestra sucesión al trono, pues refuerza la corona en la dinastía Trastámara. Por otra parte, al tratarse de una niña evita el riesgo de luchas fratricidas por el poder y os sirve en bandeja de plata una alianza matrimonial que os asegurará la paz con algún reino vecino.

El príncipe Enrique sonrió también y se alejó del calor sofocante del hogar. Como tantas otras veces, agradecía tener cerca de sí a su fiel amigo, don Juan Pacheco, el sagaz hombre capaz de trocar los problemas en provecho propio. Se sentó junto a él.

—Creedme —concluyó el ayo con su permanente sonrisa—, dejad que el monarca engendre niñas y vuestro reinado será pacífico y próspero. Vos, por vuestra parte, preocupaos también de concebir.

El príncipe Enrique dudaba sobre la intención de sus últimas palabras. Además de atrevidas, resultaban hirientes, incluso ofensivas, por venir de quien venían: el marqués de Villena era el único que conocía todos los esfuerzos que el

príncipe había realizado por lograr tal fin, pero ni los brebajes, ni las curas medicinales, ni los preparados afrodisíacos, ¡ni tantos remedios probados!, habían conseguido que su esposa Blanca... Hasta pronunciar el nombre resultaba doloroso, pues inevitablemente le retrotraía al color de la sábana que once años atrás fue motivo de tanta vergüenza y humillación. ¡Aquella maldita sábana blanca!

Por la noche, Enrique IV rememoró en sueños los dolorosos recuerdos pasados en sus sueños. Sus ojos cerrados le devolvían la imagen inocente de su mujer, Blanca de Navarra, el día en que se celebraron los esponsales. Ella contaba tan solo doce años, por lo que la costumbre de la época obligaba a los contrayentes a vivir separados hasta alcanzar la mayoría de edad. Tres largos años tuvo el príncipe Enrique de tregua.

Cuando, al fin, ella llegó a las quince primaveras, se preparó la ceremonia de confirmación del matrimonio. La misa de velaciones tuvo lugar en el monasterio de San Benito, en Valladolid. La princesa Blanca llegó acompañada de su madre. Él solo podía contar con la presencia de sus hombres de confianza, pues su progenitora ya descansaba en tierra y su padre... pretextó asuntos de gobierno para no asistir al evento.

El sueño atrajo a la memoria el recuerdo de aquella trágica velada. Ambos cónyuges estaban cubiertos con un velo de seda, como era la tradición. Cuando el prelado finalizó la homilía los contrayentes se dispusieron para levantar el lienzo. Estaban arrodillados uno enfrente del otro y debían descubrir sus rostros al unísono para enfrentar sus miradas. Llegó el momento. El príncipe Enrique apartó la tela de su cara pero doña Blanca de Navarra seguía cubierta por la lujosa tela.

Con movimientos nerviosos, la joven esposa trataba de zafarse del velo, pero este se había enganchado en uno de los adornos de su gracioso tocado. La novia estaba compungida

y avergonzada; todas las miradas estaban puestas sobre ella y sus torpes dedos, que no acertaban a liberarla.

Enrique IV se agitó en el lecho. Aquello no era como él lo recordaba. La congoja de Blanca había durado solo unos segundos. Cuando retiró el velo, su rostro lucía un intenso rubor carmesí en sus mejillas y una mal disimulada sonrisa en sus labios. Enrique IV recordaba su expresión angelical. Su impericia le había acercado a un esposo que siempre se sentía torpe.

Pero eso no era lo que su sueño mostraba. Morfeo se deleitaba en deformar los recuerdos. La novia seguía presa de aquel velo, que esta vez era blanco, de un resplandor inmaculado. Los dedos de Blanca que habían adquirido unas dimensiones desproporcionadas se afanaban por desenredar aquella tela, pero más bien parecía que en vez de dedos eran agujas que tejían una red con hilo níveo.

Enrique IV se giró; el sudor se dibujó en su frente. Sus ojos seguían cerrados, pero presas de una gran agitación.

La agonía continuaba para Blanca de Navarra que ahora gritaba a su recién desposado que le ayudara a desasirla. Él permanecía imperturbable, hierático, inmóvil. Algunas damas se acercaron a asistir a Blanca de Navarra. Sus rostros estaban deformados por una amplia sonrisa burlona. Al fin, lograron apartar la prenda.

Todas las miradas seguían posadas en la novia, salvo la del que ya era legalmente su marido. El príncipe Enrique mantenía los ojos fijos sobre aquel velo que había quedado abandonado en el suelo. Su color inmaculado le tenía hipnotizado. Nunca había visto una tela tan deslumbrante; su claridad le hería las pupilas, pero no podía dejar de mirarlo. Oyó la voz de su esposa, que lo instaba a mirarle pero él seguía hechizado por el velo blanco.

—Enrique, mírame —repetía Blanca de Navarra.

La voz sonaba rítmica, melodiosa, como imaginó Enrique IV que serían los cantos de sirena. Entonces, desvió

la mirada de la seda abandonada en el suelo y enfocó a su esposa. La visión le sobresaltó. Esta aparecía cubierta por una sábana blanca, tan inmaculada como el velo que aparecía en el suelo, pero apenas perceptible pues una gran mancha carmesí la cubría casi en su totalidad, una gran mancha de sangre.

Las órbitas de Enrique IV se movían nerviosas. Casi todo el lienzo estaba cubierto por la sangre, un fluido que resbalaba también entre las piernas de Blanca de Navarra, visibles por debajo de la sábana. Enrique IV se agitó en su catre. Una risa nerviosa, como de ultratumba, escapaba del rostro que, otra vez, permanecía oculto bajo la sábana. Era ella, Blanca de Navarra, quien se escondía tras el velo cubierto de sangre, pero su carcajada sonaba distinta.

El monarca transpiraba el miedo por su piel. El sudor se había extendido por todo su cuerpo. Blanca de Navarra permanecía prisionera de su sábana, riéndose a carcajadas. Con unas risotadas graves... varoniles... iguales que... las de... ¡don Juan Pacheco!

Enrique IV se incorporó en el lecho, presa de una gran agitación y con los ojos desmesuradamente abiertos.

La reina Isabel de Portugal calmó su ira, resignada a claudicar. Durante un año había intentado todo: zalamerías, ruegos, disputas, súplicas infantiles, reproches... y ahora esta discusión tan intensa. Inútil, todo inútil. Su marido estaba dispuesto a no ceder. Jamás le había visto mantener una postura con tanta firmeza y jamás se había visto a sí misma tan fuera de control como hoy. Durante estos años de matrimonio, él no le había negado nada, salvo esto y a pesar de la insistencia que ella había demostrado. La confianza ciega en sí misma la había abandonado y ahora, en la penumbra de su habitación, admitía que don Álvaro de Luna siempre se mantendría en su puesto. Si al menos no se sintiera tan mal por su estúpido y cruel comportamiento de esta tarde...

El rey Juan II de Castilla se sentía cansado, especialmente cuando su mujer iniciaba uno de sus ataques contra don Álvaro. Y este último año había sido especialmente difícil; hubo incluso ocasiones en las que estuvo tentado de ceder, pero el recuerdo de la lealtad de su privado asomaba a su mente y triunfaba su obstinación de mantenerle en su cargo.

Había confiado en que su mujer le tomaría aprecio, pero se equivocó; ahora solo esperaba que Isabel desistiera de su terco empeño al constatar su decisión inquebrantable. Sin embargo, ¡su amada podía ser tan tenaz cuando se encaprichaba de algo!

Juan II de Castilla suspiró con tristeza. La discusión de hoy había sido tan virulenta que su esposa mantendría un intencionado mutismo durante varios meses. Y eso le apenaba profundamente. Le pesaban los días que debía ausentarse de Madrigal de las Altas Torres, pero más aún las jornadas que permanecía allí sin tener a su querida Isabel cerca; esa distancia, estando tan próximos, resultaba amarga.

Esa noche, durante la cena, apenas hubo entre ellos un intercambio formal de frases protocolizadas. Juan II de Castilla miraba a hurtadillas a su esposa, prendado del esplendor de su rostro, tal vez porque la ira de esa tarde había tiznado sus mejillas de carmesí o tal vez porque la reina lucía una mirada distinta... unos ojos brillantes que denotaban que había estado bastante tiempo llorando.

Isabel de Portugal no hablaba pero... observándola bien... parecía que sus gestos delataban deseos de reconciliación. Tal vez su mutismo no se debía a su enfado sino a la vergüenza por su comportamiento de esta tarde.

Instantes después, el monarca ensayó un acercamiento e Isabel de Portugal sonrió. Esa velada su esposa no solo no le rechazó, sino que se mostró harto complaciente. Nueve meses más tarde, el 17 de diciembre de 1453, nacería su segundo retoño, el infante Alfonso.

A la mañana siguiente, los ojos de Isabel se mostraban igualmente brillantes, aunque esta vez debido a que irradiaban felicidad.

—Guardias —dijo con voz calma—, llamad a don Álvaro de Luna a mi presencia.

El aludido acudió presto al encuentro de la reina, lleno de inquietud, pues no desconocía que su presencia no era del agrado de la soberana. Al llegar, sin embargo, se tranquilizó; Juan II de Castilla también estaba presente. Sin embargo, el monarca rehuyó su mirada y esto alertó al valido. Reparó, además, en que las manos de los esposos estaban entrelazadas.

Los reyes estaban a solas; tan solo la presencia de los guardias rompía la intimidad de ese momento. Isabel de Portugal contempló a su esposo antes de tomar la palabra y este le correspondió con una mirada repleta de complicidad, aunque al preferido del rey le resultó lúgubre. Ella centró su atención en el valido. Con una voz alta y fresca, aclaró sus dudas. En esos pocos segundos, la vida de don Álvaro de Luna tomó un rumbo nuevo.

Un año después, en 1454, el príncipe Enrique era reconocido como Enrique IV, el nuevo rey de Castilla y León. Apenas hacía dos días que su padre yacía muerto, pero el gobierno de un reino no podía guardar un largo luto. Su primera orden fue muy clara: Isabel de Portugal, junto a sus dos hijos, debía abandonar su residencia de Madrigal de las Altas Torres y dirigirse a Arévalo.

Sus siguientes objetivos se centraron en procurar la paz para su pueblo. Para ello se iniciaron negociaciones con los reinos vecinos: Navarra, Portugal y Francia. Como resultado de estos acuerdos, se fijó el desposorio de su hermana Isabel con el infante Fernando de Aragón. La elección no podía ser más acertada, ya que el prometido era hijo de don Juan, infante de Aragón y rey consorte de Navarra. Su parentesco le ligaba también a Alfonso V el Magnánimo, rey de Aragón, de quien era sobrino. La alianza matrimonial, por tanto,

garantizaba la paz con Navarra y Aragón, reinos con los que su padre, Juan II de Castilla, había tenido múltiples enfrentamientos. Los prometidos apenas contaban tres años de edad, pero eso no era óbice para que no sirvieran a los intereses políticos de sus respectivos reinos.

Igualmente, se acordaron las segundas nupcias de Enrique IV con doña Juana de Portugal, hermana del rey luso, Alfonso V. Este acuerdo prometía una paz duradera con el país vecino, al tiempo que avivaba la esperanza de lograr descendencia que asegurara la sucesión al trono. Hacía un año que el papa había anulado su anterior matrimonio con Blanca de Navarra, por lo que el monarca podía desposarse de nuevo; ahora, más que nunca, se imponía la necesidad de engendrar un varón.

Enrique IV se perdió en el pasado, en el recuerdo de aquella noche... La misa de velaciones había transcurrido sin sobresaltos, salvo por el insignificante retraso de Blanca de Navarra en desasir su velo, enredado en el broche que lucían sus cabellos. Después, los presentes se dirigieron al salón de ceremonias, lujosamente engalanado para la ocasión. Los recién desposados se sentaron juntos. Blanca estaba espectacular; el rubor de sus mejillas se había atenuado, resaltando su aspecto virginal. Su cabello negro se recogía atrás, dejando una nuca despejada, que acentuaba el contraste de su inmaculada piel con sus mechones azabache. Cuando ella se giró para dirigir unas palabras a su madre, el príncipe Enrique pudo reparar en el broche que había sido causa de un incidente tan divertido. Los rubíes engarzados entre aquellas perlas le recordaron el débito que debía cumplirse esa noche. Una inquietud sacudió su cuerpo, pero se tranquilizó. Hacía ya tiempo que no era mancebo; había yacido con mujeres que le habían enseñado las artes de amar y, a pesar de su inseguridad, creía que esta noche estaría a la altura de las circunstancias.

La cena fue abundante, muy al uso. El príncipe Enrique se incorporó; el convite había llegado a su fin y tocaba ahora la retirada de los novios. El heredero sintió el peso del vino embotando su mente. Había bebido en exceso, en parte obligado por la copiosa comida y, en parte, necesitado para vencer la intranquilidad que se iba apoderando de él a medida que la noche iba extendiendo su manto negro. Los invitados estaban complacidos con el banquete y procedieron a levantarse también.

Todas las miradas estaban fijas en los contrayentes. El heredero tomó a Blanca de Navarra de la mano y la encaminó hacia los aposentos. Un ingente número de curiosos les siguieron. Llegaron a la alcoba. Los tres notarios que se apostillaban ante la puerta se pusieron en pie antes de inclinarse en una protocolizada reverencia. El príncipe Enrique les saludó. Ellos recuperaron su compostura y escudriñaron el rostro de la recién desposada. Sus caras se deshacían en una amplia sonrisa, con la que pretendían alentar el ánimo de los novios, pero que debilitaron al monarca, abrumado por el peso de la responsabilidad.

El príncipe Enrique empujó suavemente de la cintura a Blanca de Navarra, para animarla a entrar en la alcoba. Ella entonces se soltó de la mano y él notó sus piernas flaquear. El apoyo de su mujer era necesario para continuar andando; el vino embriagaba sus sentidos. Unas damas, de paso ágil, se apresuraron a seguir los pasos de la princesa, cerrando la puerta tras de sí.

El príncipe Enrique permanecía inmóvil, a ese lado del dintel, incapaz de avanzar sin sentir que los muros se le venían encima. No se había girado para evitar encarar las miradas cómplices de los que habían querido acudir como testigos de tan feliz acontecimiento.

En el interior del aposento, las damas se acercaron a su señora que las esperaba cerca del lecho y, con gran diligencia, procedieron a asistirle para que pudiera yacer con su marido

con total comodidad. A tal fin, la desnudaron y deshicieron su tocado. El peine acarició su cabello, mientras que otra dama esparcía esencia de rosas por las zonas recónditas de su piel. Blanca de Navarra permanecía solícita y colaboradora.

Cuando la princesa ya estuvo preparada, las damas la mandaron acomodarse sobre el lecho. A continuación, colocaron las sábanas graciosamente sobre su cuerpo; dispusieron también su largo cabello rizado a ambos lados de sus hombros. Blanca de Navarra lucía espectacular. Las damas estaban satisfechas con su trabajo, por lo que abandonaron a toda prisa los aposentos reales.

El heredero dejó salir a las damas antes de adentrarse él en la alcoba. Cerró la puerta tras de sí y respiró hondo. Atrás quedaba una gruesa comitiva, encabezada por tres notarios que darían fe del desfloramiento de la princesa. Era llegada la hora de yacer junto a ella, pero el príncipe Enrique no se atrevía. Ella esperaba con el cuerpo inerme y una expresión hierática en su rostro, aunque su alma se deshacía de desconcierto.

El príncipe Enrique nunca supo cuánto tiempo estuvo de pie, inmóvil, esperando que la Providencia cambiara su destino. Pero todo permaneció imperturbable; hasta el rostro de su esposa seguía siendo el mismo. A pesar de que ella debía estar interrogándose sobre el motivo de la espera, su faz seguía mostrándose angelical.

Al fin, el príncipe avanzó unos pasos, tímidamente. La visión del cuerpo desnudo de su mujer, cubierto por esa fina sábana, lejos de envalentonarle le inspiró temor. Se acercó a Blanca de Navarra, tratando de vencer el peso del vino para no desplomarse sobre ella. La joven mantuvo su expresión neutra. Su marido se tumbó sobre ella y la contempló. Ella no devolvió la mirada; sus ojos seguían fijos en algún punto del techo, ni siquiera pestañeaba. Si no fuera por su respiración agitada, mezcla de temor y excitación, el príncipe Enrique habría dudado de que estuviera viva.

El heredero decidió no demorar más el lance e hizo posesión de su mujer.

Instantes después, la puerta de la alcoba era abierta por un compungido príncipe heredero. Su esposa Blanca permanecía oculta tras el quicio de la puerta, avergonzada. No se atrevía a enfrentar la mirada de los tres notarios y menos aún del cortejo de curiosos que aguardaban expectantes que los contrayentes mostraran la sábana.

El príncipe avanzó unos pasos con el lienzo entre sus manos. Los testigos no le prestaban atención; sus ojos escudriñaban el lienzo para advertir la mácula carmesí. Pero era inútil. Enrique extendió la sábana y dirigió una mirada lúgubre a los tres notarios. Estos se miraron entre sí con gesto serio antes de dirigirse al monarca.

—Entonces —dijo el de más edad— ¿la sábana está impoluta?

El heredero asintió con la cabeza y mirada huidiza. Hubo un murmullo, acompañado de algunos suspiros femeninos y expresiones de pesar. Los tres notarios volvieron a mirarse entre sí. El más joven era el que más dudaba. ¿Debían dar fe de que la tela blanca seguía siendo del mismo color? ¿Someterían al monarca a tal humillación? El acta que levantó el notario de más edad acalló sus interrogantes: en él se daba constancia de que la princesa Blanca seguía siendo doncella. El príncipe Enrique sintió sus miradas de decepción clavarse como dagas en su corazón y tuvo deseos de llorar. Su esposa Blanca de Navarra permanecía parapetada tras la puerta, pero él podía sentir sus sollozos.

Su infortunio duró trece largos años. Después, Castilla reconoció la impotencia perpetua de su príncipe y se pudo anular el matrimonio. El feliz desenlace dejó, sin embargo, un poso amargo en el ánimo de Blanca de Navarra, pues la incapacidad sexual de Enrique solo se circunscribió al lecho conyugal. Doña Guiomar, doña Catalina de Guzmán y otras

nobles segovianas testificaron haber yacido con el heredero; alguna de ellas lo refrendó con una voluminosa barriga...

Enrique IV maduraba ahora su ardid pasado con la calma que da la distancia. En esos días, pudo sostener la mirada al pueblo, aunque no así la ira de los reinos vecinos; el infante don Juan de Aragón, rey de Navarra y padre de la afrentada, se encontró contra el yerno que, lejos de fecundar el vientre de su esposa, había preñado la imaginación popular. El rey aragonés, Alfonso V, se hizo eco del agravio infligido a su sobrina.

En esas circunstancias, la diplomacia castellana debía esmerarse en volver a atraerse las simpatías de Navarra y de Aragón o, al menos, su indiferencia. Enrique IV esperaba impaciente la respuesta del infante don Juan; si aceptaba el desposorio de su hijo Fernando de Aragón con la infanta Isabel de Castilla, las reticencias de los reinos vecinos habrían sido salvadas.

En la villa abulense de Arévalo, transcurría la vida de los infantes Isabel y Alfonso. Ella, al nacer su hermano, se había visto desplazada en la línea sucesoria al trono de Castilla. Sin embargo, esta injusticia en las leyes de sucesión dinástica, que relegaba a las mujeres por detrás de los varones, jamás se interpuso en el cariño que los dos hermanos se profesaron.

Los años pasaron sin prisa en su nueva residencia. Los infantes compartieron juegos y complicidades, aunque también momentos de tristeza, pues la vida no era tan holgada como antes. No obstante, la vida austera no les preocupaba tanto como... Algo inquietante acaparaba su atención... algo que sus mentes infantiles no acertaban a explicar... algo que les llenaba de temor y de lo que nadie parecía querer hablar. Frecuentemente, los juegos de los pequeños Isabel y Alfonso quedaban interrumpidos por un grito desgarrado de mujer: «¡Don Álvaro, don Álvaro!». Asomando el rostro entre las almenas, una mujer desvaída

repetía una y otra vez ese nombre a gritos y todos, salvo los infantes, parecían no verla.

El rey Enrique IV estaba agitado. La historia se repetía; su segunda mujer, Juana de Portugal, seguía sin dar heredero a la corona. Las humillaciones sufridas con Blanca de Navarra no eran nada en comparación con las que padecía ahora. ¡El pueblo se mofaba de nuevo de su virilidad! Y no era para menos. Después de cinco años de matrimonio, el vientre de la soberana Juana seguía yermo.

Alfonso V de Portugal se dolía con la humillación de su hermana, a pesar de que no había sido tan pesadosa como la de Blanca de Navarra, pues Enrique IV, anticipándose a lo que sospechaba que sucedería, derogó la ley de los notarios. De esa manera, el lance de la noche de bodas quedaba para la intimidad de los contrayentes, protegido de la curiosidad del pueblo. Aun así, era fácil deducir la falta de sexo en esa velada y en todas las demás que compartieron los monarcas en ese largo lustro. De nuevo, coplas y pícaras tonadillas proclamaban la impotencia del monarca castellano.

El marqués de Villena entró en la sala, ahuyentando los pensamientos del rey.

—Ya están iniciadas las negociaciones para que la infanta Isabel se despose con Carlos de Navarra, príncipe de Viana —anunció don Juan Pacheco.

Alfonso V el Magnánimo había muerto. Su hermano, el infante don Juan, había ascendido al trono aragonés. El ahora Juan II de Aragón seguía siendo rey de Navarra, pero su reinado se había vuelto inestable. Al morir su esposa, la auténtica propietaria de la corona de Navarra, había nombrado en su testamento a su primogénito Carlos como príncipe de Viana. Juan II de Aragón se resistía a ceder el cetro de este reino a su hijo Carlos.

En ese momento estratégico, Enrique IV anuló el compromiso de su hermana Isabel con el infante Fernando

y ofreció la mano de la infanta Isabel a Carlos de Navarra, príncipe de Viana.

—Estas nupcias servirán a mis intereses políticos... al tiempo que alejarán una posible rival al trono —repuso Enrique IV de Castilla.

Una sonora carcajada retumbó en la sala. Don Juan Pacheco se mofaba del rey. ¿En serio creía el monarca que una chiquilla alejada de la corte suponía un peligro? Enrique IV no se dejó amilanar e increpó al marqués de Villena.

—¿Y qué hay de mi hermano, el infante Alfonso? ¿También os parece desdeñable la amenaza que representa?

—Vuestra única amenaza... se halla en vuestro sexo, majestad —respondió don Juan Pacheco, con una sonrisa, tan amplia como hiriente.

—Habláis con gran atrevimiento, marqués —se quejó el soberano.

—Y gran sinceridad —repuso el aludido, sin prestar atención a los sentimientos del rey.

Acto seguido, el marqués de Villena salió de la sala con paso presto, sin advertir que el nuevo paje del rey estaba a punto de entrar. Don Juan Pacheco arrolló al mozo, que estuvo a punto de caer.

—Aparta, zagal —masculló con desprecio el marqués, en lugar de las debidas disculpas.

El joven, llamado Beltrán de la Cueva, se hizo a un lado y contempló con admiración a don Juan Pacheco. A pesar del mal trato que este le profesaba, el muchacho seguía admirándole, pues el hombre que ahora se alejaba había promocionado desde ayo del entonces príncipe Enrique hasta valido del mismo Enrique que ahora se sentaba en la silla real. Beltrán de la Cueva aspiraba a emular sus pasos. ¡Algún día llegaría a ocupar un alto cargo en la corte! Confiaba en sus posibilidades y estaba seguro de que la suerte jugaría a su favor.

De hecho, había sido un golpe fortuito el que había encaminado su futuro a la corte, hacía tan solo unos meses. Todo sucedió cuando el rey Enrique IV se dirigió a Úbeda. Unos asuntos del reino exigían su presencia en esa plaza. Se decidió su alojamiento en la casa del regidor de la villa. La estancia transcurrió con total sosiego para el monarca; tales eran las cortesías del anfitrión. Antes de emprender el periplo que le conduciría de nuevo a la corte, Enrique IV se sintió obligado a corresponderle.

—Don Diego, estoy en deuda con vos —dijo el soberano—. Vuestra hospitalidad es inmensa.

—Vuestro agradecimiento ya es suficiente pago, majestad. Todas las atenciones para vos son pocas.

—Sin embargo, yo me siento vuestro acreedor. A tal fin, quisiera pedir os la tutela de vuestro hijo primogénito. Me acompañará a la corte y le será garantizado un puesto a mi servicio, como paje de lanza; con un buen sustento, por supuesto.

El mozalbete estaba, por causalidad, presente en la conversación. Se hallaba de pie, junto al quicio de la puerta, con las manos enlazadas a la espalda y la cabeza gacha. Su actitud humilde agradaba al monarca, hastiado de caballeros prepotentes henchidos de soberbia. Al oír las palabras del rey, sus ojos implorantes se fijaron en su padre. El soberano malinterpretó este gesto. Creía que el joven suplicaba a su progenitor que accediera a tan suculenta promesa. Los anhelos del chaval, por el contrario, estaban muy alejados de la corte y muy próximos a su hogar. Su padre lo sabía, pero ignoraba cómo rechazar la oferta del monarca, sin enojarle.

—Sois muy generoso, majestad... —el corregidor hablaba despacio y en voz baja.

—Vuestro estado no es el que corresponde a un padre dichoso —adivinó el soberano—. ¿Hay algún impedimento, algo que os turbe?

—Majestad... yo... —titubeó el aludido.

—Hablad con franqueza, os lo ruego. No deseo causaros mal, sino agradaros.

—Veréis mi primogénito ya está comprometido. El desposorio promete un futuro estable para mi hijo y mi familia. En cambio —se apresuró a añadir—, mi hijo Beltrán no tiene aún definido su destino. Si vuestra alteza tuviera a bien llevarse a este en lugar de a aquel.

El monarca asintió con una sonrisa, mientras su mano se escondía tras sus ropajes. Parecía estar buscando algo. El regidor no se atrevió a articular palabra. Enrique IV encontró lo que pretendía. Su mano hizo aparición portando una pequeña bolsa de terciopelo granate.

—En tal caso, se hará como vos proponéis. Y para evitar rivalidades entre hermanos, aceptaréis entregar de mi parte estas monedas a vuestro vástago —comenzó mientras miraba al mozo—. Esto servirá para celebrar sus nupcias con todo el honor que merece.

—Majestad, yo...

Enrique IV interrumpió su agradecimiento con un gesto. Alzó la mano para imponer silencio y acto seguido, dio orden a don Juan Pacheco de comprar un equino para el muchacho que acababa de entrar a su servicio. Cuando todo estuvo preparado subió a su montura y se despidió del regidor. Don Beltrán de la Cueva montó su caballo y se puso a la cola de la comitiva, con el semblante iluminado por una mirada esperanzada.

Carlos de Navarra, príncipe de Viana, rechazó la propuesta matrimonial con la infanta Isabel, consciente de que eso avivaría las tensiones con su padre. No deseaba agigantar la brecha que les desunía, antes de que su herencia estuviera asegurada: su progenitor seguía sentándose en el trono que le pertenecía.

La red de confidentes era extensa y efectiva. Juan II de Aragón conoció, por obra de ciertos delatores, de los contactos secretos entre su hijo Carlos y Enrique IV.

Sospechando perversas intenciones en estos encuentros clandestinos, mandó encarcelar a su vástago, acusado de conspiración. El castillo de Azcona fue la cárcel que acogió al príncipe cautivo.

Poco tiempo después, se aclaró la negativa que el joven había dado a la propuesta castellana y Juan II de Aragón le liberó. Pero la fortuna ya había dejado de velar por el heredero de Navarra. Apenas unos meses después, su alma huía de la prisión de su cuerpo. El funeral por Carlos, príncipe de Viana, anuló las intrigas de Enrique IV.

Ajena a los entuertos que giraban sobre su desposorio, la infanta Isabel mantenía una vida humilde en el castillo de Arévalo. Esa noche los gritos volvieron a sonar. El viento trasladó lejos de las almenas ese lamento de mujer, aunque en la fortaleza, como de costumbre, nadie pareciera oírlos. Ni siquiera esta vez los pequeños infantes se giraron, tan acostumbrados como ya estaban a las excentricidades de su madre, Isabel de Portugal.

La que antes fuera reina de Castilla, erraba ahora sin rumbo entre las almenas del castillo, exhalando desconsolada el nombre del que años antes había sido su protector. Doña Isabel de Portugal se perdió en el recuerdo de aquel tiempo pasado, cuando el condestable llegó a tierras lusitanas para trasladarla de la protección de su primo, Alfonso V de Portugal, a la de su prometido, Juan II de Castilla. Su primer contacto con el reino castellano había sido él, el odioso Álvaro de Luna, el preferido del monarca, el ambicioso y poderoso, el que había cometido abusos de poder, atropellos e inmoralidades...

Pero, ¿qué derecho tenía a juzgarle? Don Álvaro solo debía dar cuentas ante Dios, como también ella comparecería algún día ante Él, para responder por sus pecados, como única responsable de la muerte del valido, así como del rey Juan II de Castilla.

La pequeña Isabel se acercó a doña Beatriz de Bobadilla.

—Mi madre está cada vez más cerca de perder la razón, pero nadie parece querer hablar del tema. Doña Beatriz, estoy segura de que vos sabéis algo que no me queréis contar.

La aludida guardó silencio; tal era su costumbre cuando la infanta la interrogaba sobre este tema. En ese momento, doña Isabel de Portugal descendió de las almenas y se dirigió a sus aposentos, pasando por delante de su hija sin verla; sus ojos vidriosos solo contemplaban imágenes del pasado: cuando ella hizo traer ante sí a don Álvaro de Luna para darle la noticia.

La visión de su madre recargó las fuerzas de la infanta Isabel.

—Doña Beatriz —insistió la infanta— sois la hija del alcaide de esta fortaleza y además, sois mayor que yo; estas ventajas os permiten participar en conversaciones que a mí me están vedadas. Os lo suplico ¿qué sabéis de mi madre que yo ignoro? ¿Quién es ese don Álvaro al que tanto nombra?

Doña Beatriz de Bobadilla vaciló, pero la expresión de súplica de la infanta la envalentonó.

—Se trata de don Álvaro de Luna, el favorito de vuestro padre, Juan II de Castilla.

—¿Don Álvaro de Luna? ¿Y por qué motivo le nombra mi madre?

Doña Beatriz de Bobadilla abrió la boca para decir algo, pero tan solo salió una forzada tos con una torpe disculpa para retirarse. La infanta Isabel no se descorazonó; ya estaba hecha a que los moradores del castillo rehusaran hablar del tema.

Su amiga Beatriz se había retirado por el mismo camino que acababa de seguir su madre, Isabel de Portugal, la que tiempo atrás fue reina y podía dictar las órdenes que deseara, como la que transmitió a don Álvaro de Luna cuando le tuvo ante sí, aquel lejano día en que ordenó a los guardias traerle a su presencia. La inquietud del valido se tornó estupefacción cuando escuchó las órdenes de la reina consorte.

—Guardias —pronunció la soberana sin desdibujar su sonrisa—, apresadle.

Los soldados dudaron; no estaban seguros de haber entendido que debían aprehender al favorito del rey, por eso sus miradas escépticas se dirigieron a este que con un débil movimiento de cabeza y una mirada pesarosa confirmó la sentencia.

—¿De qué se me acusa? —quiso saber don Álvaro de Luna, lleno de estupor.

—Lo sabréis a su debido tiempo —contestó la reina Isabel de Portugal con voz altiva.

Giró el rostro hacia su esposo Juan II de Castilla, cuya voz apaciguadora se había alzado por encima de la suya.

—No temáis, don Álvaro. Os prometo que vuestra vida y vuestros bienes estarán a salvo.

En su voz se advertía que el monarca lamentaba esta situación y, más aún, ser el testigo timorato que no hacía nada por impedirlo. Don Álvaro le creyó y no intentó defenderse; su ejército no se levantó contra Juan II de Castilla, esperando no enconar más la ira de la reina hacia sí. Pero los acontecimientos se sucedieron demasiado rápidos.

Meses después, la noticia sorprendió a los monarcas: don Álvaro de Luna acababa de ser decapitado en el cadalso. Un relámpago frío recorrió el cuerpo de Juan II de Castilla, deteniéndose en su corazón. Se llevó una mano al pecho y otra a los ojos para contener las lágrimas; de no haber estado sentado habría caído al suelo. Isabel de Portugal también sintió una sacudida por todo el cuerpo a modo de látigo; supuso que era el azote de Dios.

Doña Beatriz de Bobadilla volvió sobre sus pasos y se acercó con paso presto y con aires de confidencialidad a la infanta Isabel. Esta sonrió, convencida de que la hija del alcaide iba a romper por fin su silencio. Doña Beatriz la tomó por el brazo, sin oprimirla pero con tanta firmeza que no daba opción a oponerse.

—Esta noche me acercaré a vuestros aposentos y allí hablaremos. ¿Estáis conforme?

—Por supuesto —respondió complacida la infanta.

Horas más tarde, las dos jóvenes se encontraban frente a frente.

—Deseo preveniros sobre los peligros de la corte, pero antes os relataré lo que yo sé de vuestra madre; solo así comprobaréis que soy una persona de confianza y seréis permeable a mis advertencias sobre... —se acercó con aire confidencial y con un susurro de voz apenas audible añadió— don Juan Pacheco.

La infanta Isabel se acercó con curiosidad pues, le confesó, sentía un gran afecto hacia el marqués de Villena, que cada cierto tiempo se desplazaba al castillo de Arévalo para interesarse por el bienestar de su madre Isabel, de su hermano Alfonso y de ella misma. Su hermano, el rey Enrique IV no había dado ninguna muestra de humanidad; en cambio, el gentil don Juan Pacheco se deshacía en atenciones.

Doña Beatriz de Bobadilla, entonces, perdió el arrojo y no se vio con fuerzas de continuar. Al escuchar de los labios de la infanta el aprecio que tenían a don Juan Pacheco temió que su osadía pudiera perjudicarla. Al fin y al cabo, ella era solo la hija del alcaide, mientras que el marqués de Villena era una persona poderosa y... si conocía que ella contaba chismes sobre su persona ¡quién sabe cuál podría ser su reacción! Sin pensárselo dos veces, doña Beatriz de Bobadilla abrió la puerta y con paso precipitado se dirigió al corredor. En ese instante, alguien preguntó:

—¿Quién va?

La infanta Isabel llegó justo a tiempo de ver a una Beatriz de Bobadilla con cara desencajada, titubeando torpezas frente a un interlocutor que la miraba con ojos penetrantes. Cuando apareció la infanta, don Juan Pacheco le dirigió una mirada inquisitiva y, al ver su cara de perplejidad

e inocencia, pacificó su rostro. Después, con voz amable, cargada de afecto, habló a la infanta Isabel.

—Es muy tarde. Acostaos.

—De acuerdo —la infanta se mostró complaciente porque vio la manera de poner fin a la angustia que recorría el cuerpo de la hija del alcaide—. Doña Beatriz, ¿podrías ayudarme?

—Lo siento, infanta —el marqués de Villena se apresuró a contestar— pero precisamente era a ella a quien buscaba. Su padre hace horas que pregunta por doña Beatriz. Por favor, acompañadme —dijo dirigiéndose a la aludida y añadió para callar la intervención de la perpleja Isabel—. Buenas noches, infanta.

—Buenas noches entonces —repuso a su vez la infanta.

Al día siguiente, la infanta Isabel se levantó temprano, presurosa de poder hablar con doña Beatriz de Bobadilla, pero no la halló en ninguna parte. Alguien le dio razón: la hija del alcaide había dejado la fortaleza temprano para dirigirse a Segovia. Su padre había aceptado la propuesta de Enrique IV con complacencia, convencido de que en la corte tendría oportunidad de labrarse un futuro más prometedor que en la villa de Arévalo.

La infanta Isabel se extrañó. ¿Por qué no le había adelantado aquella noticia don Juan Pacheco anoche? Aunque en ese instante, otra pregunta se abrió paso: ¿qué hacía el marqués de Villena anoche en aquella ala del castillo? Allí solo estaban las alcobas de los infantes.

Semanas después, la infanta Isabel seguía sin tener noticias de doña Beatriz de Bobadilla; ni una carta le había llegado a pesar de que su padre, el alcaide del castillo, recibía periódicamente letras suyas. Por él supo que en la corte recibía un buen trato, sobre todo de don Andrés Cabrera, el mayordomo real de Enrique IV, con quien gustaba de pasar el tiempo.

Resignada a que su amiga no pudiera desvelar las dudas sobre don Álvaro de Luna, la infanta Isabel decidió probar suerte con su tutor. Hasta ahora, don Gonzalo Chacón nunca le había instruido en cuestiones de política interna. Sus enseñanzas cuestionaban la actuación de este o aquel monarca, con el propósito de que su discípula aclarara sus valores morales, pero jamás había emitido un solo juicio sobre el reinado de su padre, Juan II de Castilla. Eso, unido al código implícito del castillo de Arévalo, donde nadie osaba mencionar en presencia de los infantes las historias del pasado, hacía que sus conocimientos sobre el que fue condestable de Castilla fueran prácticamente nulos.

Esa mañana, la infanta Isabel pensó la manera de enredar a su tutor en lecciones de historia reciente sin levantar sus resistencias. Si conseguía enervar el ánimo de don Gonzalo Chacón con opiniones contrarias a las suyas, él se vería obligado a rebatir. Su pupila trataría de conducir sus argumentos hasta don Álvaro de Luna, todo ello envuelto en seda de aparente inocencia.

Su tutor entró en la sala y ella fingió no advertir su presencia, absorta como estaba en la lectura de un libro que

sostenía sobre su regazo. La infanta Isabel estaba sentada sobre una silla, dejando el gran ventanal a sus espaldas. Él se acercó hasta allí y saludó a la infanta.

—Sin duda se trata de una obra apasionante, a juzgar por vuestro interés.

Ella levantó la vista del libro, con una sonrisa de rigor. Giró el lomo del libro y a la vista quedó su título. El tutor se mostró sorprendido de que se tratara de una novela de caballerías. Ella comenzó a ejecutar su treta.

—Me agradan las aventuras que ensalzan las virtudes de los caballeros.

—Vaya, lo ignoraba.

—Estos libros son muy populares. A mí me agrada que a través de ellos se despierten sentimientos de afecto hacia los nobles.

—¿Ah, sí?

—¡Por supuesto! Considero que la aristocracia castellana ejerce un papel fundamental para el sostenimiento del monarca.

La infanta tenía un aire convincente que contrastaba con la perplejidad de su tutor. Ella ignoró a su interlocutor y fingió proseguir su lectura, para que don Gonzalo Chacón no sospechara de sus intenciones.

—Disculpad, infanta; creo no haberos entendido.

—Quiero decir que el poder de los nobles contiene las pretensiones egoístas del pueblo. Con su apoyo incondicional al monarca, el reino permanece estable.

Volvió la mirada nuevamente al libro, pero sus ojos no enfocaban la página sino la sombra del caballero que permanecía a su lado, inmóvil. Su pecho palpitaba de tensión. Había retado a su tutor y esperaba que él aceptara el duelo dialéctico, como así sucedió.

—Debo haberos malinterpretado —titubeó él.

—Decidme.

—¿Acaso aprobáis el poder inmenso de la nobleza?

- ¡Desde luego!
- ¿Y creéis además en su apoyo desinteresado?
- ¡Por supuesto!
- Creo que no os entiendo...
- La lealtad de la aristocracia es incondicional y le viene dada por la nobleza de su linaje.
- Vuestra lectura os ha confundido, infanta... No debéis atribuir sentimientos novelescos a personajes reales.
- Al revés. Las novelas se inspiran en ilustres antepasados. Pensad en don Rodrigo Díaz de Vivar. ¿Acaso negáis sus méritos?
- Ciertamente, el Cid Campeador ilustra bien vuestro discurso. Sin embargo, no es un caso representativo.
- ¿Ah, no? —la infanta Isabel cerró el libro. Tuvo cuidado de prever que su índice quedara apresado entre las hojas.
- No, ¡claro que no! La historia reciente de Castilla está escrita por nobles ambiciosos, cuyo servicio al rey dependía del valor de las dádivas.
- ¡Oh, no degradéis su virtud!
- ¿Virtud? ¿Qué virtud? Su abolengo no es garantía de una moral elevada, sino de una alta influencia para perpetuar en la corte a sus lazos sanguíneos.
- ¡Vuestras palabras son ofensivas!
- Son certeras.
- Hablemos, por ejemplo, del reinado de Juan II de Castilla. La estabilidad de su cetro le permitió adentrarse en el sur para ganar terreno a los sarracenos. ¿Habéis olvidado la batalla de la Higuera?
- ¡Cómo desterrar de la memoria un hecho tan memorable! ¡Granada se hizo vasalla de la corona de Castilla!
- Coincidiréis conmigo en que la victoria sobre el reino nazarí se logró gracias al apoyo de leales caballeros, como los Mendoza, don Álvaro de Luna, los infantes de

Aragón... —la infanta finalizó la frase a la espera de provocar la rotunda condena de su tutor.

—No, no, no. Andáis muy errada. Muy, muy errada. Y ¡con qué vehemencia defendéis esas falsedades! ¡Qué torpe instrucción os he dado que ignoráis vuestro pasado más reciente! Escuchad.

De esta manera, don Gonzalo Chacón fue embaucado a una exposición sobre el reinado de Juan II de Castilla, que resultó ser una apasionada defensa de don Álvaro de Luna. No en vano había sido el condestable de Castilla quien le había nombrado como tutor de la infanta Isabel, por tratarse de uno de sus hombres de confianza. La imparcialidad del orador era nula pero, a cambio, se recreaba en detalles que hacían las delicias de la infanta. Ella había cerrado el libro y él paseaba por la sala, concentrando su mente en los recuerdos del pasado.

Inició su exposición censurando la debilidad de los últimos monarcas castellanos. Esto incluía a su padre, Juan II de Castilla, pero el caballero estaba tan ensimismado con refutar los argumentos de su pupila que no reparó en ello. Eso confirmó a la infanta del éxito de su artimaña: su tutor no estaba a la defensiva, no mediría el alcance de sus palabras. Podía confiar en la sinceridad de su relato, si bien no así de la objetividad, pero ya se encargaría ella de tener una perspectiva más ecuánime del pasado.

La flaqueza de los últimos soberanos de Castilla había alentado la supremacía de la nobleza castellana, que desgastaban las fuerzas del reino en conspirar unos contra otros, para que el favor real cambiara de manos. Así, el ambiente de la corte estaba enrarecido. Las intrigas eran tantas como las ambiciones de quienes querían participar de esta oligarquía. Nadie estaba a salvo de caer en desgracia, por lo que todos participaban de este juego de alianzas e hipocresías.

La estabilidad de la corona dependía de que el monarca supiera elegir sus hombres de confianza. Sin duda, debían

ser caballeros leales, pero también poderosos, capaces de contener la avaricia de la rancia aristocracia. Ellos eran bautizados con el privilegio de favorito del rey.

—Tal fue el caso de don Álvaro de Luna —concluyó don Gonzalo Chacón, con aire complacido.

La infanta Isabel, en cambio, aún no estaba satisfecha. Debía atacar con fuerza al valido de su padre para que su tutor satisficiera su curiosidad.

—Sin embargo, don Álvaro de Luna no estaba exento de los males que atribuíis a los Grandes. Debía ser una persona astuta; de otro modo, su caída hubiera sido rápida. Además de que a él también le sostenía un gran linaje: su tío, gracias al cual entró al servicio del monarca, era el arzobispo de Toledo y, como sabéis, llegó a ser papa. Y su tía paterna era la reina de Aragón. Por otra parte, imagino que su ambición era igualmente desmedida, a juzgar por las dádivas que arrancó al soberano —la infanta evitaba aludir al monarca como su padre, para no despertar las defensas del tutor—. Hasta donde yo sé, fue condestable de Castilla, maestre de Santiago, conde de Ledesma, vizconde de Huelma, por su matrimonio con doña Mencia de Mendoza y Luna, duque de Alburquerque y señor de las villas de Cuéllar, Roa y Monbeltrán.

El rostro de su interlocutor no podía ser más expresivo. Don Gonzalo Chacón estaba indignado por las acusaciones de su discípula. Ardía por liberar su enojo, pero hizo zozobrar sus sentimientos y recuperó el tono comedido de siempre.

—Siento volver a rectificaros. Pero las gracias fueron recibidas en pago justo a sus servicios, que fueron muchos y grandes. Por ejemplo, y ya que lo mencionasteis vos con anterioridad, fue don Álvaro de Luna el que comandó el ejército castellano hacia el reino de Granada; por tanto, fue él el artífice de aquel grandioso éxito militar. Esta gesta tuvo lugar el 1 de julio de 1431 y ello pudo lograrse gracias a la

paz interior que reinaba en Castilla, por la hábil intervención del favorito del monarca Juan II.

Hablaba con orgullo y un brillo especial iluminaba sus pupilas. Se detuvo frente a la ventana. Su discurso también se había detenido en el recuerdo de ese glorioso pasado, cuando Castilla venció en sus escaramuzas bélicas al enemigo infiel. Había llovido mucho desde entonces, pero en la memoria del pueblo aún pervivía fresco el relato de la batalla de la Higuera. Los padres transmitían a sus hijos los detalles de la ofensiva y los pequeños simulaban esta gesta enarbolando las ramas caídas de los árboles a modo de espadas.

A partir de ese momento, el reino nazarí se había convertido en vasallo de Castilla. La tierra no había sido ganada pero el honor de sus moradores sí. Esto henchía de orgullo al pueblo cristiano, ufano de que los reinos de Europa que estaban siendo incapaces de contener el avance del imperio otomano volvieran sus ojos a la victoria de Castilla.

La infanta Isabel temió que hubiera tocado a su fin la exposición y añadió:

—No puedo cambiar mi juicio personal por un único suceso.

Don Gonzalo Chacón contempló a su pupila y asintió con la cabeza.

—Me complace vuestro buen seso. Tenéis razón en requerir más datos y os los proporcionaré gustoso, para que variéis vuestra desacertada condena a don Álvaro de Luna. Escuchad, pues, todos los avatares que aquel caballero tuvo que resistir para llegar a ser merecedor de tan alto escalafón en el reino. El condestable consiguió estabilizar el poder real al aliarse con la pequeña nobleza, el bajo clero y los judíos, todos ellos descontentos con las influencias perniciosas de unas pocas familias de gran linaje. Don Álvaro combatió la arrogancia de la aristocracia, a pesar de que ello le valió la enemistad de los Grandes, como de don Íñigo López de

Mendoza, primer marqués de Santillana. Y respecto de su parentesco con el reino vecino, habéis de saber que no le fue de gran utilidad, pues mantuvo un frente abierto con los infantes de Aragón.

Así, don Gonzalo Chacón se embarcó en otra oratoria sobre el pasado reciente de Castilla, que pretendía ser un alegato hacia don Álvaro de Luna. Comenzó instruyendo a su discípula sobre la conspiración labrada entre Navarra y Aragón. Sus monarcas anhelaban extender sus dominios sobre Castilla, aprovechando el estado de caos que reinaba en estas tierras por las luchas internas de facciones nobiliarias.

—Navarra estaba gobernada por don Juan, infante de Aragón.

—Hermano de Alfonso V el Magnánimo, rey de Aragón y Cataluña; de la reina consorte de Castilla, María de Aragón; y de don Enrique, infante de Aragón.

—Efectivamente —sonrió—. Como veis, los lazos sanguíneos sellaban una alianza entre Navarra, Aragón y... el lecho de Castilla.

—¿Pero?

—El infante don Enrique, al que sus ansias de sentarse en una silla real hacían más osado, cometió una villanía sin parangón —su rostro se tornó carmesí, sintiendo propia la afrenta.

En 1420, semanas después de que don Álvaro celebrara sus esponsales con doña Elvira de Portocarrero, el infante don Enrique se había presentado en Tordesillas, sede de la corte, con una ingente cantidad de soldados. Ante la mirada atónita de los presentes, se llevó por la fuerza al monarca castellano y a don Álvaro de Luna.

—¿Cómo? —inquirió la infanta.

—Sí. ¡El rey y su preferido fueron secuestrados por el infante de Aragón!

—¡Inaudito!

—Su ambición fue aprovechada por don Álvaro para liberarse del cautiverio.

—No entiendo.

—Juan II de Castilla propuso al infante don Enrique la mano de su hermana, la infanta Catalina. ¡Y la artimaña funcionó! El suculento ofrecimiento engrandecía a don Enrique y... desunía al adversario.

—¿No desconfió?

—¡Don Álvaro demostró ser un gran conocedor de la bajeza humana!

—¿Y qué sucedió después?

—El infante don Juan envidió el poder de su hermano y preparó su ejército para marchar contra él. La organización de la defensa relajó la vigilancia de los cautivos, que pudieron así buscar refugio en el castillo de Montalbán.

—Un buen desenlace.

—A medias. En el alma noble de don Álvaro la osadía del infante don Enrique no podía quedar impune, —se detuvo frente a la infanta— de modo que preparó una nueva trampa: pretextando reforzar su amistad, Juan II de Castilla le ofreció generosas dádivas.

—Y de nuevo, confió en él.

—Lo hizo, sí. Y cuando, ¡el miserable!, llegó a Madrid para tomar posesión de dichas promesas... ¡se encontró con el acero de don Álvaro!

—¿Qué? ¿Le mató?

—Pero, ¡por supuesto que no! ¡Don Álvaro era un caballero de sólidos valores! Él jamás ordenaría asesinar a ninguno de sus oponentes. Quien afirme esa calumnia... ¡difama el honor de un alma noble!

Se volvió hacia el ventanal y se encerró en un mutismo. La infanta permaneció callada, sin atreverse a rasgar el silencio. Arrepentida por la impertinencia de su pregunta, pensaba el medio de retomar la conversación, sin provocar el

enojo de su tutor. De improviso, este se giró y la contempló con una expresión benévola.

—Quise decir —su voz había recuperado el timbre templado de costumbre— que don Álvaro le esperaba para apresarle. Sus bienes fueron confiscados y sus partidarios perseguidos. Esto liberó al rey de un gran rival, aunque atrajo hacia don Álvaro la enemistad de Navarra, de Aragón y de la reina consorte de Castilla. Por el contrario, Juan II le agradeció su buen servicio con el título de condestable de Castilla y, más tarde, condestable de San Esteban de Gormaz. Fue un pago merecido...

—No exento de envidias —aventuró la infanta con cautela.

—Cierto. Las antipatías hacia el valido crecieron y con ellas, las conspiraciones.

—¿Liberó entonces al infante?

—Lo hizo, pero no por miedo, sino por astucia. Don Álvaro sabía que mantenerle preso conduciría a una guerra contra los reinos vecinos. Al cabo de tres años, devolvió la libertad a don Enrique.

—Que cejó en sus pretensiones.

—¡Ay, no! ¡La ruindad humana no se merma con la prisión, solo afina sus formas! El infame, apoyado por sus hermanos y otros castellanos codiciosos, provocó una tormenta de críticas e injurias contra el condestable. Juan II de Castilla no supo oponerse a las voces que clamaban por su destierro.

Don Gonzalo Chacón hizo otro silencio; parecía estar luchando contra la humedad vítrea que quería empañar sus ojos. Se puso de pie y comenzó a encender la chimenea, acto que le permitió dar la espalda a la infanta Isabel. Esta dudaba si permanecer en silencio o si acercarse a él para ofrecerle consuelo. Su timidez decidió por ella y se mantuvo sentada en la silla, contemplando la figura de su tutor que hoy se había humanizado con este relato. La leña se resistía; o tal

vez los ojos empañados del caballero no atinaban a prender los troncos.

Al fin, una llama hizo su aparición. Don Gonzalo Chacón tomó una fina rama y la encendió. Con ella, fue extendiendo el fuego a otros lugares recónditos. La infanta Isabel sospechaba que su tutor prolongaba esta pausa para tragar su pena y contener su llanto.

Tras el largo silencio, don Gonzalo Chacón retomó su historia. Aún tenía más dolor que liberar y su monólogo le servía de catarsis. Hablaba sin apartar la vista del hogar. Desde niño le seducía el fuego, el poder del elemento que convierte un tronco resistente en simples cenizas.

—El condestable aceptó con resignación el destierro y se retiró a su villa de Ayllón. Desde allí contempló cómo el caos, la anarquía y los asesinatos se apoderaban del reino. No pasó mucho tiempo hasta que los mismos castellanos que provocaron su caída rogaron al rey por su regreso. Sin embargo, su orgullo estaba herido. Juan II de Castilla tuvo que insistir hasta tres veces para que don Álvaro aceptara ser restituido de su cargo.

El ataque de los infantes de Aragón no se hizo esperar. Las fuerzas del monarca castellano, dirigidas por el condestable, resistieron la embestida y enderezaron la decrepitud del reino. Los infantes don Juan y don Enrique se avinieron a firmar con Juan II de Castilla una tregua por cinco años. El monarca castellano reconoció el talento del contestable con el título de maestre de Santiago.

Don Álvaro, viudo, contrajo nupcias por segunda vez con doña Juana de Pimentel, hija del conde de Benavente. La calma se instaló en Castilla durante ese lustro, razón por la que se emprendió el reto de ganar tierras al reino de Granada.

Don Gonzalo Chacón arrimó una silla frente a la infanta Isabel. Su mirada era brillante; no por las lágrimas contenidas, sino por el orgullo de lo que relataba. En

agradecimiento al éxito frente a los sarracenos en la batalla de la Higuera, el rey le concedió los señoríos de la Adrada, San Martín de Valdeiglesias y el Colmenar.

—Y otra vez los envidiosos se aglutinaron para precipitar su caída y ¡los conspiradores arrancaron al rey un segundo destierro! Don Álvaro de Luna se retiró a Sepúlveda, mientras que Juan II de Castilla se vio anegado por las intrigas de los nobles que pujaban para ocupar el vacío de poder. Los infantes de Aragón, siempre prestos a resucitar sus anhelos, retaron a nuestro soberano con un nuevo ataque. Y, otra vez, Juan II de Castilla volvió los ojos al único que podía ofrecerle auxilio. Don Álvaro respondió a la petición de su monarca con su lealtad característica. Castilla tenía suerte de contar con un caballero de tal prudencia y sagacidad, capaz de enmendar los avatares del reino que el flemático Juan II de Castilla era incapaz de resolver.

La infanta Isabel se puso en pie. Se había hecho tarde y las sombras empezaban a dominar la habitación. Se acercó a la lamparilla de aceite y la prendió, sin dejar de mirar a su interlocutor para incitarle a continuar su relato.

Don Álvaro, desde su destierro de Sepúlveda, usó de todo su ingenio para reunir fuerzas leales de apoyo al rey. Y lo logró: sus dotes persuasivas fueron tal que hasta don Juan Pacheco y el príncipe Enrique de Castilla apostaron por él. En la batalla de Olmedo se libró la mayor contienda del reinado de Juan II de Castilla. El infante don Enrique fue herido en una mano; la gangrena posterior le llevó a la tumba. Al poco tiempo, su hermana María de Aragón también fallecía. Los otros dos hermanos parecieron cejar en sus pretensiones y se plegaron a sus reinos.

La superioridad bélica del ejército castellano y el retorno de don Álvaro a la corte garantizaron unos años de paz para Castilla. Fue entonces cuando don Álvaro de Luna arregló unas segundas nupcias para el rey. El acuerdo se firmó con Alfonso V de Portugal; su prima, Isabel de Portugal, pasó

a ser la nueva reina consorte. El infante don Juan subió al trono colindante, como Juan II de Aragón.

Don Gonzalo Chacón se acercó a la chimenea, con la excusa de añadir más leños a la chimenea. Inspiró con profundidad para henchir de fortaleza su ánimo. Se acercaba la parte más emotiva de su historia, el desenlace final.

—Don Álvaro era tan poderoso como íntegro y los envidiosos nunca se lo perdonaron —expresó con pesadumbre—. Juan II de Castilla sucumbió a las críticas y el condestable fue detenido, acusado de falsos delitos. El juicio fue rápido y... el 4 de mayo de 1453 fue muerto en el cadalso. Un vil final para un hombre de honor, que siempre mostró lealtad a su señor. Sus restos aún hoy reposan en la fosa común de los criminales —la voz se le quebró.

La infanta Isabel estaba muda, incapaz de articular palabra, sobrecogida por la heroicidad de aquel caballero en el que tanto había confiado su padre. Su sed estaba, en parte, saciada. Don Gonzalo Chacón consideró innecesario desvelar más, pues su pupila ya conocía que cinco años más tarde falleció Alfonso V el Magnánimo, pasando el testigo de su trono a Juan II de Aragón.

La infanta advirtió que su tutor estaba visiblemente emocionado y creyó oportuno dejarle solo. Se levantó para dirigirse a la chimenea. El caballero ladeó la cabeza, enfocándola solo de reojo. Ella rozó su hombro y se despidió con una frase de agradecimiento. Antes de que hubiera abandonado la sala, él se giró para terminar de hacer justicia al hombre que tanto admiraba.

—No solo era un hombre inteligente, sutil negociador, hábil estratega y diestro en las armas. También compartía con Juan II de Castilla el gusto por las artes. Don Álvaro era un gran poeta y prosista; juntos, el monarca y él, compartieron interesantes veladas literarias.

Aquella noche, la infanta Isabel sintió una oleada de arrepentimiento. Había accedido a una verdad que le estaba

vedada pero a costa de provocar la aflicción en su tutor. Se sentía mal y para acallar su conciencia se postró de rodillas ante la imagen de la Virgen. En ese momento, el viento transportó hasta su alcoba un alarido lejano de mujer. La infanta Isabel no quiso escucharlo y cerró los ojos.

La voz lúgubre continuaba llamando a don Álvaro. La joven se concentró en su plegaria y dejó de oírlos.

Al cabo de un rato, los quejidos se volvieron demasiado tétricos y ella salió de su ensimismamiento. Una pregunta latía en sus sienes: ¿por qué?

Rememoró la charla con don Gonzalo Chacón. Muchas dudas habían quedado despejadas, pero aún permanecía el principal interrogante que había provocado aquella conversación. ¿Por qué su madre llamaba a gritos a don Álvaro? Isabel de Portugal había sido mencionada de paso. Sin embargo, en aquella parte del relato don Gonzalo Chacón estaba tan apesadumbrado que la infanta no quiso ahondar en la herida. Ahora no le parecía conveniente retornar sobre esa conversación. No deseaba revivir el sentimiento de culpa al ver a su tutor tan abatido.

Los lamentos volvieron a sonar; el silencio de la noche los hacía siniestros. La infanta Isabel se sentó sobre la cama y mordisqueó la uña de su pulgar. La imagen de doña Mencia de Lemos cruzó su cabeza como una bendición; la amistad con su madre la hacía portadora de secretos inconfesables. Precisamente por ello, jamás había logrado una confidencia suya. La dama no osaría traicionar la confianza de su señora. Entonces, ¿cómo completar el puzzle?

Una estrategia reprobable, solo justificada por sus ansias de desvelar el pasado, clareó en su mente. Las nubes se disiparon y el desaliento se tornó esperanza.

Por la mañana, buscó a su madre y la halló en el jardín, junto a su dama de compañía. El sol lucía en el cielo amortiguando el frío propio de la estación. Isabel de Portugal paseaba, riendo divertida ante las anécdotas que la ingeniosa

Mencia relataba. La infanta contempló a su madre; costaba creer que la mujer que había vagado aquella noche sin rumbo por las almenas del castillo fuera la misma que ahora conversaba con tal lucidez.

—Buenos días, madre. ¿Cómo está, doña Mencia?

Tras el intercambio formal de saludos, la dama quiso hacer partícipe a la joven de su jocoso relato.

—Sí, luego tal vez, doña Mencia. Ahora... quisiera hablar con mi madre acerca de lo que sucedió anoche. ¿Recordáis cuando subisteis a las almenas?

El alma de la infanta, horadada por su mal proceder, desbocaba el pulso en su pecho. Su garganta estaba seca y la lengua viscosa, pero su apariencia era de total normalidad. No pudo acabar la frase; la dama, con los ojos abiertos desorbitadamente, quiso girar el sentido de la conversación.

—Sí —doña Mencia fingía divertirse—, cuando danzasteis para nosotras. ¿No recordáis, mi señora?

Isabel de Portugal negó con la cabeza. Su expresión era de sincera inocencia. Su memoria exiliaba los recuerdos de su juicio perturbado; se negaba a recordar la dignidad perdida.

—No recuerdo nada —se quejó—. ¿Y por qué razón bailé allá arriba?

—¡Ay, señora! Eso es lo más gracioso. Veréis...

Pero la infanta no dejó que su imaginación desviara sus propósitos.

—No, doña Mencia —intervino esta—. Me refería al momento en que mi madre gritó...

—¡Ay, sí! ¡Qué risa! —interrumpió doña Mencia con una forzada carcajada.

La risotada de la dama quebró la quietud del día. Isabel de Portugal no advertía la agitación interior de su dama; tales eran los esfuerzos de esta por aparentar naturalidad.

—¿Qué grité? —inquirió Isabel de Portugal con expresión ingenua y rostro divertido.

—Gritasteis: «Soy doña Catalina de Oronda».

Las tres damas estallaron en una carcajada. La algarabía, esta vez, era sincera, ante la imagen de doña Catalina, una cortesana de enormes proporciones, cuyos pasos hacían retumbar el suelo. La dama era tan gruesa como agria. Su rostro era inexpresivo, de no ser por un rictus amargo que desdibujaba sus labios. Nadie la había visto nunca sonreír y menos aún bailar. Doña Mencia de Lemos había aludido hoy a esa dama con un apellido inventado que resaltaba su aspecto, lo que había desatado la hilaridad de sus acompañantes.

Poco a poco las risas se fueron extinguendo. La infanta Isabel no quiso mantener más la provocación. Convencida de que el ingenio de doña Mencia se había agudizado por la tensión que sus palabras habían creado, no quiso insistir. Sabía que, en breve, la dama iría a buscarla para reprenderla. La ocasión no sería desperdiciada.

—¿Y por qué bailé en las almenas? —indagó doña Isabel cuando la risa le devolvió el aliento.

—Porque decías que era el único lugar de la fortaleza que sostendría tu peso —repuso la infanta, cómplice de la fabulación de la dama de compañía.

Las tres damas rompieron a reír de nuevo. Doña Mencia de Lemos suspiró aliviada.

—Y, ¿qué me querías decir, Isabel? ¿Por qué has venido a buscarme?

La infanta se acercó con aire cómplice:

—¡Para rogarte que esta noche repitas la sublime representación! Es una lástima que no lo recuerdes porque fue divertidísimo.

—¡Ay! No debiéramos burlarnos así de los defectos ajenos.

— Tenéis razón, madre. Ahora, con vuestro permiso, iré a buscar a mi hermano Alfonso.

Doña Mencia de Lemos la vio alejarse, con el propósito de acudir, en cuanto la atención a doña Isabel de Portugal le permitiera un respiro, a su alcoba, para reprobear su actitud.

La ocasión se presentó esa misma tarde, mientras su señora manifestó el deseo de descansar, tras la opípara comida.

La infanta Isabel permitió a la dama adentrarse en sus aposentos. Doña Mencia estaba seria, incapaz de ocultar su enojo, aunque contuvo su emoción para no perder las formas.

—Disculpad mi atrevimiento —comenzó.

—Hablad con confianza, os lo ruego.

—Infanta, debo censuraros vuestra torpeza de esta mañana.

—Yo solo pretendía...

—¿Qué? ¿Alterar la quietud de vuestra madre? ¿Relatarle unos desvaríos que su mente desecha?

—No, no. ¡De ninguna manera!

—¡Atormentar a una madre es darle mal pago!

—No era mi intención...

—¡Pues lo parecía!

—Doña Mencia, escuchad. No sabéis cómo lo lamento yo también, pero ¡mi angustia de hija clama por una respuesta que nadie me concede! Yo... No puedo vivir junto a mi madre e ignorar su deterioro... Las dudas pueblan mi mente de fantasmas, cuando veo a la mujer que me llevó en sus entrañas... divagando... gritando... tan... perturbada. Su declive es evidente, pero nadie osa enfrentar el tema. Yo... no puedo... Yo... —sollozó.

—¡Mi niña! Pero, ¿cuándo crecisteis que yo no lo advertí?

—Yo no quería...

—¡Tranquila! Bien —suspiró—, ya estáis preparada para oír toda la verdad. Escuchad, pues, la historia del

ambicioso don Álvaro. ¡Jamás Castilla fue gobernada por un hombre tan carente de escrúpulos!

—¿Mi padre? —inquirió la infanta.

—No, no; me refería a don Álvaro de Luna, ¡el astuto villano que rigió el destino de Castilla! Con quince años entró al servicio del rey, cuando el inocente solo tenía tres primaveras. Entenderéis que no le costó ganarse su afecto.

—Eran muy amigos, sí.

—No, amigos, no. ¡El miserable tenía ganada la voluntad del monarca! El pueblo comentaba que el rey era víctima de un conjuro. Yo nunca di crédito a esas supersticiones. Pero lo cierto es que vuestro padre... —se puso en pie.

—Continuad, os lo ruego. Estoy dispuesta a enfrentarme al pasado, aunque no me plazca.

Sus palabras llenaron de coraje a doña Mencia de Lemos, que no se amedrentó ante el peso de los recuerdos.

—Vuestro padre era un valeroso militar, pero... inepto... para el gobierno. Don Álvaro manejaba el reino a su antojo, con gran abuso de poder.

—Exageráis, sin duda.

—¡Claro que no! Él hacía y deshacía. Su impunidad era tal que deponía a quien osara enfrentársele, sin temer la ira de sus atacantes. Fue así como abatió a un Mendoza.

—¿A un Mendoza?

—Sí. Su osadía le valió la enemistad de esta familia. Y no eran los únicos. También fuera del reino, los infantes don Juan y don Enrique anhelaban su caída.

—Los hermanos de Alfonso V el Magnánimo y de la reina María de Aragón.

—¡Ay, a quien Dios guarde en su gloria! —se santiguó— ¡Pobre señora!

—¿A qué os referís?

Doña Mencia de Lemos había tapado su boca con una mano y reprimía el llanto.

—¿Sí? Continúad, por favor. Habladme de doña María de Aragón.

La dama tragó saliva y negó con la cabeza. Se puso en pie, para contemplar el cuadro religioso de la pared. A su espalda, la infanta insistía en su pregunta.

—Doña Mencia, ¿qué le sucedió a la reina?

La dama cubrió el rostro con sus manos. ¡Estaba llorando!

—¿Os encontráis bien? —le rozó el brazo.

La dama seguía pertrechada en su mutismo.

—Por Dios, ¿qué sucedió con María de Aragón? —tomó sus manos y las retiró con suavidad de su rostro.

—Doña Mencia —rogó—, dejarme con la intriga avivaría mi curiosidad. Respondedme, ¿qué fue de María de Aragón?

Doña Mencia la miró con sus ojos vidriosos, empañados de dolor.

—¡Ay, mi niña!

—¿Sí?

—Don Álvaro... ¡la envenenó!

La infanta dio un respingo hacia atrás. La voz de la dama había sonado grave, a ultratumba. Un grito de pavor pujaba por salir de su garganta, pero sus labios estaban sellados para no profanar el silencio.

—¿Estáis...? ¿Estáis segura, doña Mencia?

—¡Por supuesto! —su voz era fría y su mirada glacial.

—¿Y qué sucedió después?

—¡Nada!

—¿Cómo nada? ¡El rey le retiraría su favor!

—Juan II de Castilla ignoró lo que todos clamaban a gritos. Y don Álvaro siguió haciendo y deshaciendo. Al poco tiempo, arregló los esponsales de vuestros padres. La alianza con Portugal acabó por extinguir las pretensiones de Aragón y Navarra sobre el reino. ¡Hábil jugada!

—Pero mi madre...

—Vuestra madre era joven y hermosa, como vos, pero aún más sagaz. Atemorizada por los rumores que apuntaban a don Álvaro como el brazo ejecutor de María de Aragón y de otros desdichados, quiso limitar su poder y arrancó de Juan II de Castilla la orden de su detención.

Doña Mencía de Lemos se detuvo para limpiar su nariz del horror pasado.

—Isabel de Portugal solo pretendía alejarle de la corte, restarle poder. Unos meses en prisión, temiendo por sus bienes y su familia, bastarían para que el villano comprobara que la nueva soberana podía imponerse sobre él para doblegar la voluntad de Juan II de Castilla.

Pero la reina no contó con las intrigas y conspiraciones de todos los envidiosos que aprovecharon la ocasión para presionar al rey, con falsas acusaciones y pruebas insostenibles. El monarca no supo rechazar las imputaciones y el juicio se celebró. Juan II de Castilla confiaba en la sagacidad de don Álvaro para librarse de sus enemigos, pero ¡se equivocó al menospreciar el poder de sus oponentes! Como depredadores excitados por el festín de una presa herida, celebraron un juicio breve y ordenaron su decapitación en el cadalso. Todo fue tan rápido y caótico que los monarcas no tuvieron tiempo de reaccionar.

Desde que conoció la noticia, el rey Juan II de Castilla envejeció y se desmejoró. Su salud se fue minando sin que él opusiera resistencia, como si expiara así su culpa. Era incapaz de creer que el que tantas veces le salvó de sus enemigos, no había podido escapar de los suyos.

La reina no podía redimirse a través de la enfermedad, debido a la fortaleza que le otorgaba su juventud; en cambio su mente, más frágil que su cuerpo, se empezó a resentir. Cada día, doña Isabel de Portugal estaba más cerca de perder el juicio. Sus estrambóticos andares por las almenas del castillo eran la catarsis de un sentimiento de culpa que

la atenazaba; ella se creía la única responsable de la muerte de don Álvaro y, más tarde, de su esposo Juan II de Castilla.

Doña Mencia de Lemos hizo una pausa, para permitir que la infanta Isabel asimilara el peso del pasado. Esta suspiró y soltó un sutil gemido. Los acontecimientos la aturdían tanto como las contrariedades entre el relato de don Chacón y el de doña Mencia. Ambos habían sido precisos, contando sus recuerdos sin ambages, pero habían sido igualmente apasionados, carentes de ecuanimidad. Se apreciaba de qué parte respiraba la lealtad de cada uno.

La infanta sospechó que nunca alcanzaría a conocer la verdad sobre la historia, pues había tantas versiones como espectadores. Lejos de descorazonarse, se sintió afortunada, pues a través de estos prismas opuestos podía juzgar la veracidad de los hechos y los motivos de sus protagonistas. Don Gonzalo y doña Mencia habían girado el cristal para que ella viera el haz de luz de su color. Sus visiones eran parciales, pero la suya era completa. Con contradicciones, sí, pero solo aparentemente, pues todos los testigos mudos del pasado tenían razón. Sus relatos no eran opuestos, sino distorsiones de una misma realidad. La infanta Isabel decidió que a partir de ese momento valoraría a las personas por sus actos; eran sus obras las que hablaban por ellos y no las emociones de los demás.

Esa noche se retiró a descansar complacida. Para ella como para su tutor, don Álvaro había sido una persona leal e íntegra. Los pecados que se le imputaban eran tan habituales entre los cortesanos como la lluvia en otoño; sin embargo, demostró capacidad de perdonar los desprecios del soberano y acudir en su socorro una y otra vez. Esa generosidad de su alma era la que demostraba la nobleza de su alma.

Después, se arrodilló ante la imagen de la Santa Madre y le rogó que algún día la memoria de don Álvaro fuera restituida y su imagen limpiada de las máculas que le habían imputado falsamente. También rezó para que sus restos

mortales gozaran algún día de una sepultura digna. Sus plegarias fueron escuchadas, pues años después se exhumó el cadáver de don Álvaro de Luna para trasladarle a la catedral de Toledo, donde descansa en la capilla que se construyó en su recuerdo.

Meses después, una soleada mañana de verano, los infantes se reposaban del implacable sol estival. Habían estado toda la mañana jugando y riendo. Ahora se habían sentado bajo la agradecida sombra de un olmo, pero el sofoco no había alterado su espíritu alegre. Tan enfrascados estaban en sus bromas y juegos que apenas repararon en la tensión que se respiraba en el aire; solamente cuando su madre apareció con aire serio y los ojos rojos, los hermanos comprendieron que algo grave sucedía. Corrieron hacia ella quien, a su vez, les tendió los brazos mientras rompía a llorar, incapaz de contener su dolor. Isabel y Alfonso, presos de una mezcla de tristeza y temor, imitaron a su madre en el llanto mientras la interrogaban con la mirada.

—Adiós, mis niños —decía Isabel de Portugal con la voz quebrada—. No os olvidéis nunca de vuestra madre, que os ama hasta la locura.

—¿Qué pasa, madre? ¿Por qué lloras? —preguntó alarmada la infanta Isabel.

—¿Nos abandonas, madre? —quiso saber el infante Alfonso, presa del pánico.

—¡Ay, mis niños, mis niños! —se lamentaba entre sollozos Isabel de Portugal—. Yo, que hace siete años era la reina de Castilla y podía ordenar cuanto se me antojase... ahora no puedo impedir que os arranquen de mi lado... ni aun suplicando de rodillas. ¡Ay, mis niños! ¡Mis niños! ¡Con lo pequeños que sois!

—Pero, ¿quién nos arranca de ti, madre? ¿Por qué? ¿Qué sucede, madre? ¿Por qué te despidas así? —preguntaban simultáneamente los hermanos.

Isabel de Portugal no respondió. Solo podía transmitirles a través de un abrazo todo lo que les amaba y el tremendo dolor que le causaba su separación. Arrodillada ante sus hijos, se aferraba a ellos con fuerza, mientras lágrimas gruesas resbalaban por sus mejillas y palabras de lamento escapaban de sus labios.

Doña Mencia de Lemos se acercó discretamente a su señora para susurrarle en el oído: «Todo está listo». Entonces, adoptando el aire regio que tuvo en tiempos pasados, Isabel de Portugal se levantó, enjugó sus lágrimas y venciendo el nudo que atenazaba su garganta les explicó.

—Vuestro hermano, el rey Enrique IV, va a tener descendencia —como sus hijos no acertaban a comprender, Isabel de Portugal se tragó su dolor para proseguir la explicación—. Ese bebé será el nuevo heredero al trono; por ese motivo, el rey quiere teneros cerca.

—¿Para cuidarle? —preguntó inocentemente el infante Alfonso.

—Para proteger los intereses de su hijo —repuso Isabel de Portugal con benevolencia—. Ahora debemos despedirnos.

Extendió los brazos hacia ellos, les abrazó y les colmó de besos y caricias mientras les dirigía cariñosas palabras en portugués. Acto seguido, conteniendo su dolor para hacer soportable a sus hijos esos duros momentos, se puso de pie y, animándoles a ser fuertes y no llorar, dio orden a la comitiva de que se pusieran en marcha. Isabel de Portugal permaneció en esa misma posición, con la emoción contenida, largo tiempo.

Cuando el cortejo se hubo alejado tanto que apenas era una mancha de polvo en el horizonte, la que otrora fuera reina de Castilla hincó sus rodillas en el suelo y agarrándose el vientre, lloró con desgarró la ausencia de sus hijos. Sus gritos retumbaron muchos días y muchas noches por todo el castillo de Arévalo.

El viaje se hizo largo para la infanta Isabel; solo la alegraba volver a reencontrarse con su amiga doña Beatriz de Bobadilla. Sin más distracciones que dejarse llevar por sus pensamientos, la joven infanta no dejó de preguntarse cuánto tiempo tardaría su madre en perder definitivamente la razón, ahora que la habían despojado tan injusta e inhumanamente de sus hijos. No entendía cómo la reina, Juana de Portugal, que pronto tendría un bebé, era capaz de separar a unos hijos de su madre, ni entendía cómo las mujeres regias jugaban un papel tan pobre.

«Mi madre», reflexionaba, «fue desplazada del trono ¡tan solo por enviudar! Y yo me vi desplazada en la línea sucesoria a la corona de Castilla tan solo por tener un hermano menor. ¿Por qué? ¿Por qué somos de menos valor que un varón? Grandioso futuro es el que depara el destino a la sangre real si tiene nombre de mujer», ironizó. «Mi suerte será ser reina... pero no más que reina consorte. El rey de Castilla, aunque sea mi hermano Alfonso, me prometerá con algún rey extranjero para sellar quién sabe qué alianza política; viviré en tierras extrañas hasta mi muerte, convertida en reina consorte o...», su rostro adquirió gravedad «...despojada de todo mi poder y relegada al olvido si tengo la desdicha de enviudar, como mi madre. ¡Pero mi destino no será distinto si algún día yo heredo la corona de Castilla! Deberé desposarme con sangre real extranjera para dar descendencia que perpetúe la dinastía. Mi marido gobernará estas tierras, que no son las tuyas, mientras que yo permaneceré a su sombra... a pesar de ser la propietaria de cuna de este pueblo. ¡No debería ser así! ¡Es injusto y menosprecia el valor de las mujeres!»

El dolor de verse apartada de su madre acrecentaba la rabia de sus cavilaciones. Y en ese instante fue cuando adquirió el firme propósito de luchar contra esa absurda práctica, fuera cual fuera el trono que ella ocupara.

«El día que yo sea reina, de Castilla o quién sabe de qué lejano reino, lucharé por hacerme valer a los ojos de mi marido. No seré solamente un vientre fértil que procrea herederos. Lucharé por conseguir la admiración de mi esposo; y gobernaré junto a él, con justicia y clemencia, para ganarme por mis méritos el respeto de los súbditos», se juró a sí misma con rotundidad, mostrando ya desde tan joven la firmeza y tesón de su carácter.

Cuando llegaron a su destino, el rey Enrique IV salió a recibirles personalmente. Iba acompañado del marqués de Villena; unos pasos atrás esperaba Beltrán de la Cueva, un joven apuesto, de mirada noble y gallardía en la compostura.

La infanta Isabel observó al monarca. Era un hombre alto, corpulento, de gran cabeza, apariencia tímida, mirada trágica... y porte corvo, como si el peso de sus obligaciones le impidiera caminar con apostura. Sus ojos estaban empañados por un velo de melancolía que la sonrisa franca de hoy no lograba ocultar. El monarca, rompiendo el protocolo, se acercó al infante Alfonso y le abrazó; después hizo lo mismo con su hermana Isabel, ignorando la mirada adusta y el gesto desafiante que esbozaba la joven.

Mientras les daba esta cordial bienvenida, la infanta Isabel no apartaba sus ojos de él, valorando qué podía haber de cierto en los rumores que corrían sobre el monarca. Se decía que era tímido... sobre todo con las mujeres. Coplas y cantares seguían recorriendo la geografía castellana, mofándose del rey impotente. A pesar de que, ¡al fin!, la reina Juana de Portugal estaba encinta, no solo las burlas no se habían acallado, sino que habían tomado más fuerza, alentadas por el rumor de que el verdadero padre de la criatura era don Beltrán de la Cueva. Las dudas parecían razonables, ya que dicho caballero había ascendido de paje a mayordomo mayor de palacio, ¡en tan solo dos años! El rey, además, gustaba de su compañía y parecía guardarle sincero aprecio. Los celos y envidias de los cortesanos

se calmaban con la propagación de estos y otros chismes maliciosos contra Enrique IV.

La infanta Isabel escudriñaba los movimientos y ademanes del soberano, en un intento por confirmar los rumores que le señalaban como un monarca débil de carácter, fácilmente manejado por nobles sin escrúpulos, ávidos de poder; el pueblo se quejaba de este rey que no velaba por su bienestar. Y eso es algo que indignaba a la infanta Isabel; la primera obligación de todo monarca era tener presente el bienestar de sus súbditos.

La reina Juana de Portugal se despertó. Un mal presentimiento le había sacado de su descanso. El temor a mal perder ese bebé que con tanto esmero había protegido y mimado durante estos nueve meses le atenazaba el alma. Ansiaba el momento de parir para verse liberada de sus malos presagios. La quietud de la noche era inmensa, como los miedos que poblaban su mente. Si todo se malograra...

Las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas. Llenó de aire sus pulmones y acarició su vientre, pero su agitación era hoy mayor que de costumbre. Esa noche le había costado conciliar el sueño y, cuando al fin lo logró, su letargo se había visto interrumpido en varias ocasiones, pues su voluminosa barriga la obligaba a continuos cambios de posición.

Volvió a acariciar a su pequeño a través de su ropa de cama, confiada en que fuera un varón. De pronto, sus ojos se abrieron desorbitadamente; acababa de entender el temor que había ahuyentado su reposo. Su angustia se materializó en una certeza: ¡su bebé no se movía!

Una sacudida vigorosa agitó su cuerpo mientras su cara se deshacía en un silencioso llanto. La seguridad de su desgracia era tal que no tenía fuerzas para gritar. Se incorporó y posó sus pies en el frío suelo. En ese momento, una humedad cálida le resbaló por las piernas, trocando su desánimo en esperanza. Era el 28 de febrero de 1462.

A media mañana, Enrique IV tuvo permiso para entrar en la alcoba de la reina. Con gesto preocupado se dirigió al lecho; su mujer estaba muy desmejorada. La fatiga era evidente en sus ojeras y en su pálida tez. Los ojos de los esposos se cruzaron. Ella agachó la cabeza para apartar su mirada. En ese momento, él reparó en el gracioso recogido que lucía su larga cabellera.

El monarca se acercó hasta la cabecera. Se sentó en la butaca que habían preparado para él y tomó la mano de la soberana en un acto cargado de formalidad. Sus palabras también sonaron desprovistas de afecto.

—¿Cómo estás?

La reina Juana de Portugal le dirigió una mirada fría que se suavizó cuando advirtió el brillo vítreo de sus ojos: él también había llorado. Entonces, dulcificó su gesto y repuso con un ánimo cargado de desesperanza.

—Bien, dadas las circunstancias.

—No te apenes; era de esperar. El destino nunca me ha sido favorable.

Un profundo suspiro escapó de labios del monarca. La soberana aprovechó la pausa para desasir su mano, con el pretexto de acomodarse en la cama. Sentía la espalda dolorida por el esfuerzo. Sus movimientos se interrumpieron ante el inesperado anuncio de su marido:

—Se llamará Juana, en honor a ti.

Fue la última frase que pronunció, con la que pretendía expresar a la reina un sentido agradecimiento. Enrique IV estaba, en parte, aliviado. Aunque no hubiera sido varón, al menos, tenía descendencia; el pueblo no tendría ya motivos para mofarse del soberano. O eso pensaba él, porque no pasó mucho tiempo hasta que las malas lenguas vilipendiaron a la recién nacida con un mote humillante para toda la familia real: Juana la Beltraneja.

El monarca no supo qué más decir para reconfortar a su mujer. La distancia que les separaba era grande; hacía

ya tiempo que sus almas divergían por caminos diferentes. Juana de Portugal, por el contrario, esperaba un mayor acercamiento de su esposo. Sus esfuerzos para concebir al bebé, y ahora para parirlo, no eran correspondidos con atenciones. Lejos de mostrarse dichoso, el monarca mostraba su semblante melancólico y sombrío. A la reina se le escapaba que esa era la faz habitual del monarca.

Para la infanta Isabel, la vida en Segovia era más protocolizada y asfixiante que en Arévalo. Por si fuera poco, aún no había conseguido encontrarse a solas con doña Beatriz de Bobadilla. Sus conversaciones se reducían a frases formales, carentes de implicación personal. Ella siempre parecía estar demasiado atareada para dedicarle tiempo; cuando no eran sus obligaciones domésticas, doña Beatriz de Bobadilla pretextaba tener un encargo para don Andrés Cabrera.

A pesar del cautiverio impuesto por el rey, la infanta se sorprendió de sentir afecto hacia él. Este hermano desconocido, dieciséis años mayor que ella, alto y desgarbado, apocado e inseguro, se mostraba también, sin embargo, sensible y afectuoso, esforzándose en que se sintieran cómodos en su nuevo hogar, como había demostrado al aceptar que la infanta Isabel fuera la madrina de la princesa Juana, de aquel retoño que había venido a alegrar la vida yerma de su madre.

Había sido el marqués de Villena el que había dado la noticia al infante Alfonso. En uno de sus encuentros secretos y llenos de complicidad, que tan habituales eran desde que los infantes se trasladaron a la corte, don Juan Pacheco le había adelantado que, gracias a su mediación, su hermana Isabel sería la madrina.

—Se me ocurrió que este privilegio —explicaba el marqués de Villena— sería motivo de alegría para vuestra hermana, la infanta Isabel, razón por la que lo sugerí al rey. Él se negó, pues no ignoráis el poco aprecio que os

tiene, pero mis hábiles argumentos, ¡no sin gran esfuerzo!, lograron convencerle. Sin embargo, os ruego que no informéis de esto a nadie, ni siquiera a vuestra hermana. Será el propio monarca quien lo anunciará a la infanta como si la propuesta partiera de él. No ignoráis que Enrique IV es una persona desconfiada y que Beltrán de la Cueva espera una oportunidad para hacerme caer. Sed prudente y no deis muestras a nadie de nuestra amistad.

—Confiad en mí. Ese Beltrán de la Cueva es bien hábil. ¡Su ascenso es espectacular! El monarca acaba de hacerle conde de Ledesma. Él que hace seis años era un paje, ahora forma parte de la nobleza castellana. ¡Tanto pago por tan poco servicio!

—No es poco asegurarle la sucesión al trono —insinuó con tono malévolamente don Juan Pacheco.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó con incredulidad—. ¿Acaso creéis los rumores de que la princesa Juana es en realidad hija de don Beltrán de la Cueva?

—Pero, ¿vos no? —respondió con una sonora carcajada—. ¡Sois más ingenuo de lo que yo pensaba! —su voz se hizo ahora suave y penetrante—. Lo que aún ignoráis es que el soberano le ha prometido a don Beltrán la villa de Cuéllar y el título de maestre de Santiago.

Un fulgor rojo encendió las mejillas del infante Alfonso, al tiempo que se puso en pie con aire belicoso. Ese era el legado de Juan II de Castilla a sus hijos. El monarca, antes de morir, había dejado el maestrazgo de Santiago al infante Alfonso y la villa de Cuéllar a la infanta Isabel, no a un paje ataviado de títulos nobiliarios. El marqués de Villena consiguió atraerse una nueva ola de afecto del infante Alfonso con sus serenas palabras.

—¡Tranquilizaos! Dejad que sea yo quien defienda vuestros derechos; gozo de una posición más influyente. Y para eso somos grandes amigos, ¿no?

¡Había tanto agradecimiento y admiración en los ojos del infante Alfonso cuando el marqués de Villena abandonó la sala!

Meses después, don Beltrán de la Cueva dejaba al rey solo y abatido en el salón del trono. El monarca se sentía debilitado y dolido; odiaba la traición... Al menos, la presencia de don Pedro González de Mendoza, ya nombrado obispo de Calahorra, le reconfortaría en estas difíciles horas.

Mientras, don Juan Pacheco se hallaba en su castillo de Alarcón, agasajando a sus invitados con un almuerzo opíparo. Era esta una fortaleza tan inexpugnable como los pensamientos del marqués de Villena. El río Júcar forma en esta población un meandro, que flanquea a la villa conquense por tres de sus recintos amurallados. En lo alto de la colina, el castillo domina el paisaje.

La construcción de la fortaleza había sido obra del rey visigodo Alarico, de quien tomaba su nombre. Siglos después, había sido elegida por aquel poeta, autor de *El Conde Lucanor*. Ahora, el marqués de Villena se había decantado por esta propiedad para llevar a cabo el encuentro secreto. No era un lugar tan acogedor como seguro, pues su doble recinto defensivo y su excepcional emplazamiento garantizaban la protección de los allí reunidos.

La comida concluyó. Don Juan Pacheco invitó a los presentes a acomodarse en una sala más confortable. Todos esperaban sus indicaciones para expresar su parecer, salvo el arzobispo de Toledo. Don Alonso Carrillo, lleno de soberbia, rompió la quietud de la sobremesa y la norma de cortesía que exigía que fuera el anfitrión quien amenizara la conversación. Por su privilegiada posición en el reino, el prelado se creía merecedor de liderar esa conspiración.

Don Juan Pacheco estudió con atención sus quejas. Después, dio paso al resto de la audiencia que enarbolaron con fuerza sus reproches. A medida que avanzaba la velada, la fuerza de sus argumentos era menos fundada y más

apasionada. Las paredes de ese castillo de planta cuadrada fueron testigos de la cacería; pocos fueron los que no aprovecharon la ocasión para despellejar a quien creían responsable de todos los males que asolaban el reino. Don Juan Pacheco permanecía callado, diseccionando con sus ojillos penetrantes a todos los caballeros allí reunidos.

La infanta Isabel esbozaba una sonrisa. Su estrategia para verse a solas con doña Beatriz de Bobadilla había surtido efecto. A solas, en la alcoba de la infanta, las dos amigas cruzaron una mirada afectuosa. Doña Beatriz sintió que debía una disculpa a la infanta y se decidió a aclararle todo lo sucedido. Ahora más que nunca estaba convencida de que la infanta Isabel debía saberlo. Ella corría grave peligro si el marqués de Villena tenía noticia de aquel encuentro clandestino, pero había recuperado el aplomo de antaño y valoró la amistad por encima del temor que le inspiraba don Juan Pacheco.

—Las personas no son siempre lo que aparentan ser —empezó doña Beatriz de Bobadilla para suavizar la información que tenía que darle.